

CRITICA

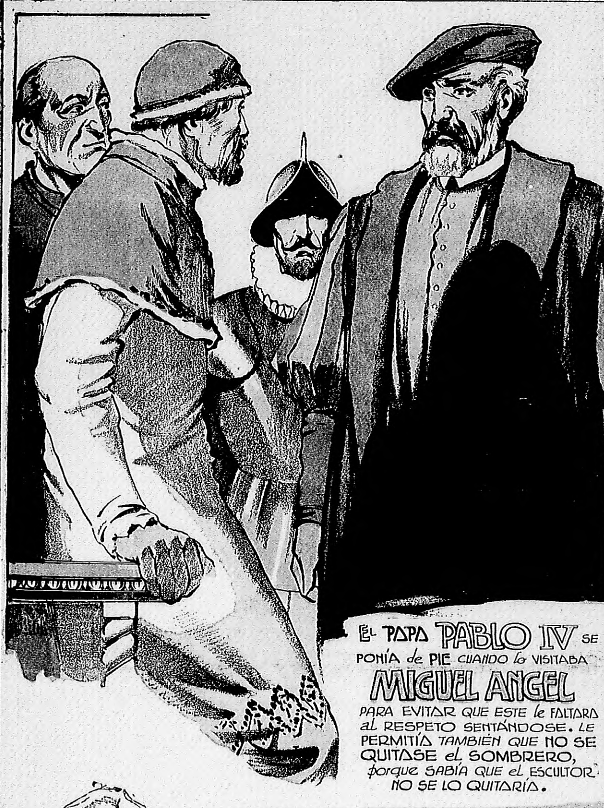
MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES, ENERO 20 1934 — No. 24

VISTO y OIDO ★ No le Permitía que se Sentara



por PREMIANI











Solo, con las Gotas de Sangre

POR
Vicente O. Sullivan
(Ilustró Facio Hebecquer)

★



ERA lo peor de Ravenel Hall. Los pasillos eran largos y sombríos, los cuartos mustios y tristes. Hasta los cuadros aparecían severos y sus temas, terribles. En una noche de otoño, cuando el viento gemía entre los árboles del parque y las hojas secas silbaban y charlaban mientras la lluvia golpeaba en los cristales de las ventanas, mi amigo y yo, nos hallábamos conversando en mi biblioteca. Ravenel Hall tenía un aspecto demasiado atemorizante y todos mis amigos me habían ido abandonando. Wilvern fué el último en irse. La noche anterior a su partida, yo le estaba explicando mi teoría, que consistía en colocar cerca de uno mismo, unas cuantas gotas de sangre humana y luego concentrar los pensamientos sobre ello. Después de un rato aparecería un hombre o una mujer que permanecería con uno la mayor parte de la noche y hasta le saldría al encuentro en lugares inesperados, durante el día. Mi amigo no me dejó continuar.

—Mira, Alistair, viejo —comenzó,— deberías dejar por un tiempo este lugar y hacer un poco de vida al aire libre. Lo necesitas realmente.

—Sí —repliqué— y envenenarme con la comida de los hoteles y aburrirme con la charla de los "clubmen". Gracias. Permíteme que te diga que tu cuidado acerca de mi salud, me enerva.

—Muy bien. Puedes hacer lo que gustes —dijo mi amigo—, golpeando el suelo con el pie. Que me cuelguen si permanezco aquí un día más. Tendría que estar loco para hacerlo.

Fué mi último huésped. Algunas semanas después de su partida, yo estaba sentado en la biblioteca, con las gotas de sangre a mi lado. Había conseguido hacer de mi experimento algo perfecto; solamente se presentaba un inconveniente. La figura que siempre se me aparecía era la de una mujer mediana con el cabello dividido al medio, blanco de un lado y negro del otro. Era una mujer completa; pero no tenía ojos y cuando yo trataba de construirlos mentalmente, ella desaparecía. Pero esa noche yo pensaba, pensaba como nunca y los ojos ya aparecían en la cabeza, cuando oí un terrible ruido afuera, como el que produciría un cuerpo muy pesado, al caer. De pronto se abrió la puerta y entraron dos sirvientas. Miraron la alfombra sobre la que estaba mi silla, se tornaron lívidas y huyeron dando voces.

—¿Cómo se atreven a entrar a la biblioteca en esa forma?—inquirí severamente. No recibí respuesta y salí en persecución de ellas. Encontré a todos los sirvientes de la casa reunidos en la galería.

—Mrs. Peeble —dije vivamente al ama de llaves;— quiero que mañana se despida a esas muchachas. ¡Esto es un ultraje! Usted debiera ser más cuidadosa. Pero ella no me atendía Su rostro estaba desfigurado por el terror. ¡Oh, Dios mío —dijo a los otros—, será mejor que vayamos todos juntos a la biblioteca.

—¿Soy o no soy el amo, aquí? —pregunté— dejando caer con fuerza el puño sobre la mesa. Ninguno de ellos demostró verme ni oirme. Los seguí a lo largo del pasillo y les prohibí terminantemente que entraran a la biblioteca. Pero pasaron en tropel y se detuvieron ante la alfombra que estaba al lado de la estufa. Entonces, tres o cuatro de ellos se agacharon y se levantaron, penosamente, como si estuvieran levantando un cuerpo inanimado y se dirigieron, dando traspiés, con su imaginaria carga, hacia un sofá. El viejo Soames, el mayordomo, se detuvo a su lado.

—¡Pobre señor! —dijo en un sollozo—. Lo conocía desde niño. Y pensar que ha muerto en esta forma. ¡Y tan joven!

Crucé la habitación.

—¿Qué significa todo esto, Soames? — grité, sacudiéndolo por los hombros—. No estoy muerto! ¡Estoy aquí; aquí! Al ver que no se conmovía, comencé a alarmarme. —¡Soames, mi viejo amigo! ¿No me conoces? ¿No conoces al muchachito con quien jugabas hace mucho tiempo? ¡Dí que no estoy muerto, Soames, por favor, Soames!

El se inclinó y besó el sofá.

—Es mejor que alguno de los hombres vaya a buscar el médico, Mr. Soames, dijo Mrs. Peeble. El se dirigió a trasmitir la orden.

Ahora bien; este doctor era un pobre ignorante a quien yo había tenido que expulsar de casa, pues acostumbraba a proclamar su creencia en Dios Salvador, al mismo tiempo que achacaba algunos milagros a su ciencia médica. Yo estaba resuelto a que ese hombre jamás volviera a atravesar el umbral de mi casa y así se lo dije al ama de casa, siguiéndola. Pero no pude ver en ella ni un movimiento, ni una palabra que demostraran que me había oído.

Me encontré con el doctor en la puerta de la biblioteca. —Bien —le dije desdeñosamente— golpeándole el rostro con mi mano. ¿Ha venido a enseñarme alguna nueva plegaria? Pero él pasó a mi lado como si no hubiera sentido el golpe y se arrovivió al lado del sofá. Ruptura de un vaso en el cerebro. ¡Pobre! Habrá que telegrafiar a su hermana. Yo llamaré a la persona indicada para que se haga cargo del cuerpo".

—¡Embustero! —grité— ¿Cómo se atreve a decir a mis sirvientes que yo estoy muerto, cuando me está viendo cara a cara?

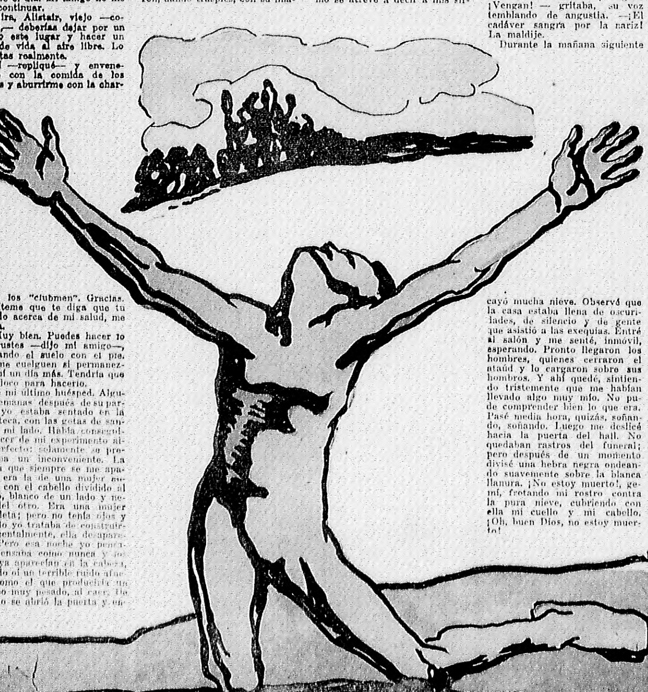
Ya se alejaba por la galería, seguido de Mrs. Peeble y Soames. Ninguno de ellos se volvió.

Toda la noche permanecí sentado en la biblioteca. ¡Qué raro! No tenía deseos de dormir ni de comer. A la mañana siguiente volvieron los empleados de las pompas fúnebres y aunque les ordené que salieran inmediatamente, comenzaron a trabajar en algo que no pude ver. Así me pasé todo el día, vagando por la casa. A la noche volvieron los hombres, trayendo un ataúd. Entonces, un poco humorísticamente, pensé que era un crimen que un ataúd tan fino estuviera vacío y me acosté en su interior, sumiéndome en un liviano sueño sin imágenes. El sueño más liviano que conocí. Al otro día, estando aun en el mismo sitio, uno de "esos" hombres, me afeitó. ¡Extraño valet!

A la noche, bajando la escalera, noté la presencia de varios baúles en el hall, por lo que me imaginé que mi hermana había llegado. No la había vuelto a ver desde su matrimonio. La detestaba como nunca detesté a persona alguna. Me parecía muy hermosa. Alta, sombría y derecha. Lo que me disgustaba más en ella era su afán por hacerse notar en todas partes. A las nueve y media bajó a la biblioteca, luciendo un traje encantador. Pronto me dí cuenta de que, al igual que los demás, no se había apercibido de mi presencia. Temblé de furor al ver que se arrodillaba al lado del ataúd, mi ataúd, pero cuando se inclinó a besar la almohada, perdí todo control.

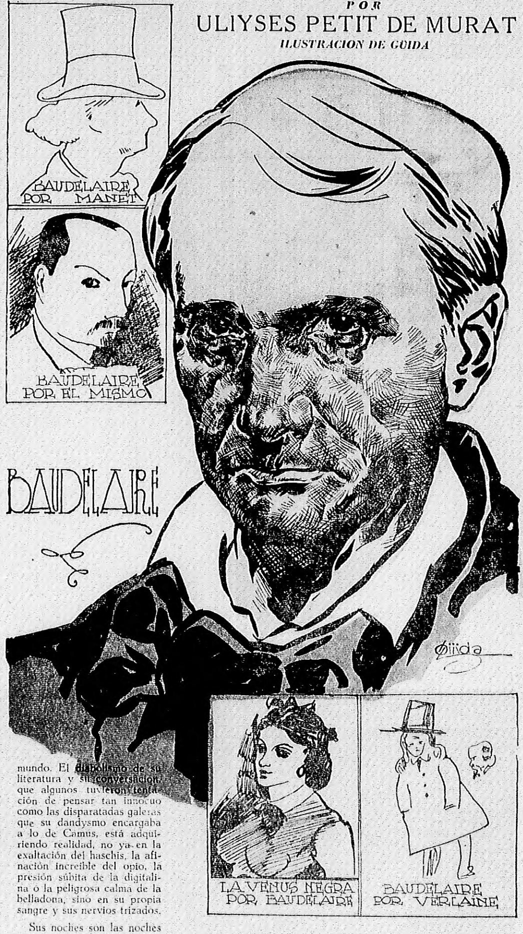
Sobre la mesa había un cuchillo que se usaba para cortar cuerda; lo tomé y lo hundí en su cuello. Huyó de la habitación, aterrorizada. —¡Vengan! ¡Vengan! — gritaba, su voz temblando de angustia. —¡El cadáver sangra por la nariz! La maldije.

Durante la mañana siguiente cayó mucha nieve. Observé que la casa estaba llena de oscuridades, de silencio y de gente que asistió a las exequias. Entré al salón y me senté, inmóvil, esperando. Pronto llegaron los hombres, quienes cerraron el ataúd y lo cargaron sobre sus hombros. Y ahí quedé, sintiendo tristemente que me habían llevado algo muy mío. No pude comprender bien lo que era. Pasé media hora, quizás, soñando, soñando. Luego me deslicé hacia la puerta del hall. No quedaban rastros del funeral; pero después de un momento divisé una hebra negra ondeando suavemente sobre la blanca llanura. ¡No estoy muerto!, gemí, frotando mi rostro contra la pura nieve, cubriendo con ella mi cuello y mi cabello. ¡Oh, buen Dios, no estoy muerto!



La Muerte de Baudelaire

POR
ULIYSES PETIT DE MURAT
ILUSTRACION DE GUIDA



LA luz ha sido apagada en una pequeña habitación de la calle Douai. En la oscuridad hay dos hombres: Catulle Mendes, el dueño de casa, de quien se ha apoderado un escalofriante horror y Baudelaire que acababa de tener una extraña exigencia:

—No, no estaba loco, no estaba enfermo. ¡No se mató! ¿No es cierto? Usted le dirá a todo el mundo que no estaba loco, que no se mató...

Se refiere a Gerardo de Nerval, que se había colgado de un farol, en una miserable callejuela de París. Pero en la vehemencia de sus palabras se nota que se ve a si mismo. Que lucha con una tentación atroz y que ya se siente cercado por la muerte y la locura.

El silencio se hizo. De pronto se oye un sollozo sordo, inhumano. El miedo inmovilizaba a Mendes, le hacía sentirse destrozado. Tuvo que cerrar los ojos para no ver la sombra, delante suyo, en el espejo.

En el alba transida buscó a su huésped. Había partido rumbo a Bélgica, en el tren de la mañana.

Hacia Bélgica a la que odiaba hasta el extremo de haber escrito un soneto que decía: "No se ha conocido jamás raza tan barroca—Como la de estos belgas. Delante de lo bello, de lo encantador—Revuelven gruesos ojos y gruñen sordamente;—Todo lo que regocija nuestros corazones mortales les choca.—Decid una palabra amable, y su ojo se torna gris—Y descolorido como el ojo de un pescado al que se está friendo; — Una historia emocionante: estallan de risa, para hacer ver que han comprendido perfectamente. — Como al espíritu tienen horror a las luces—A veces, bajo la claridad del firmamento, — Yo he visto algunos que, roídos por un extraño tormento, — En el horror del fango y del vómito,—Y repletos hasta los dientes de ginebra y cerveza—Ladraban a la luna, sentados sobre sus traseros".

Durante su anterior estadía no se ha cansado de probar la que él titula imbecilidad belga. En una carta a Paul Meurice, dice lo siguiente:

"He pasado aquí por agente de policía; por invertido (soy yo mismo el que ha hecho circular ese rumor, y me han creído!); en seguida he pasado por un corrector de pruebas, enviado de París para corregir las pruebas de obras infames. Exasperado por ser creído siempre, he hecho correr el rumor de que había matado a mi padre, y que lo había comido; que, por otra parte, si me habían permitido huir de Francia era a causa de los servicios que yo prestaba a la policía francesa, ¡y me han creído!"

En realidad está exasperado contra sí mismo. A causa de sus numerosos acreedores la vida se le torna imposible en París. Por eso vuelve a Bélgica, en julio de 1865, después de haber visitado a su madre, en Honfleur.

En Bruselas se siente preso de un malestar cada vez más intenso. No puede trabajar. Cae en una especie de sopor y permanece solo en su habitación. Para escribir debe rodearse la cabeza de un paño frío, que renueva cada hora. Está aquejado por atroces neuralgias. Una sorda acritud le roe hasta el fondo de los huesos. Ninguna ilusión; nada sabe de Jeanne Duval, la mulata que fué la pasión visible de su vida y ni siquiera escribe a Mme. Sabatier, la regordeta "madonna" de sus sueños, que por un momento lo hizo vacilar en su fuerte convicción acerca de la bestialidad y la inferioridad de las mujeres. Cierto que en Bruselas ha conocido a Bertha: pequeña muchachita viciosa, "pequeña loca monstruosa de ojos verdes". Pero los brutales ademanes de esta mujerzuela, que cada vez que Baudelaire se distrae, estando con ella, le da un fuerte golpe en los hombros y le llama "mercader de nubes", no son un consuelo, ni siquiera un tormento suficiente para un hombre a quien la vida tiene en un alarido.

Está enfurecido y escribe:

"Excepto Chateaubriand, Balzac, Stendhal, Merimée, de Vigny, Flaubert, Banville, Gautier, Leconte de Lisle, toda la chusma moderna me causa horror. Vuestros académicos, horror. Vuestros liberales, horror. La virtud, horror. El vicio, horror. El estilo corriente, horror. El progreso, horror. No me habléis nunca más de esos escritores de nadas".

Está acosado, se resiste a entrar de lleno al martirio de sus últimos años sobre el mundo. El diabolismo de su literatura y su conversación, que algunos tuvieron tentación de pensar tan innocuo como las disparatadas galeras que su dandysmo encargaba a lo de Camus, está adquiriendo realidad, no ya en la exaltación del haschis, la afinación increíble del opio, la presión súbita de la digitalina o la peligrosa calma de la belladona, sino en su propia sangre y sus nervios trizados.

Sus noches son las noches que caricaturizara hacía ya mucho tiempo, Durandeau, pobladas de esqueletos, cabezas deformes, gatos absurdos, asquerosas ratas y un arsenal de frías retortas para preparados químicos.

Nada resta del fino muchacho dibujado por Manet, tan engalerado, despectivo y sereno. Ni del dandy ligeramente diabólico, con barba en punta y alargadas manos, que figura en el grabado de E. Deroy. Estamos en el año 1866. Baudelaire tiene sólo 45 años, pero aparenta un siglo de sufrimiento. El insomnio le ha cavado las ojeras, negruzcas y profundas como fosas. La frente, con sus arrugas como heridas, es un verdadero mapa de angustia. A pesar de los tóxicos y el vino, el sueño se ha tornado casi un imposible. Está sumamente débil: "Ha sido necesario —escribe a Ancelle— que me esté tres días de espaldas, porque, aún acuclillado en tierra, me caía: la cabeza arrastraba al cuerpo".

Tiene ataques de nervios y vómitos. A fines de marzo tiene que valerse del dictado para poder escribir a sus amigos. En una excursión a Namur, acompañado por su editor y amigo Poulet-Malassis, mientras visitaba la iglesia Saint-Loup, le ataca un vértigo y cae sobre un escalón.

La parálisis le ataca el lado derecho. Su madre, a pesar de tener las piernas semiparalizadas, acude a visitarlo. Baudelaire no puede articular más que estos sonidos: "No, quie, quie", y eso gritando. Mejora un poco. Camina con el auxilio de un bastón, sale en coche. Pero no habla.

Se lo llevan a París. Asselineau, que le esperaba, lo vió así:

"Cuando lo vi avanzar, sostenido por Stevens, apoyándose con su brazo izquierdo y llevando su bastón amarrado al botón de su sobretodo, se me puso el corazón en un puño y las lágrimas subieron a mis ojos. Apercibiéndome, lanzó una carcajada larga, sonora, persistente, que me heló".

Sometido a un régimen severo, parece mejorar. Pero bien pronto renuncia a salir. Los paseos le producen una horrible fatiga. Un día que le llevan un documento sin importancia, para firmar, se queda con la pluma en la mano, largo rato. Le cuesta acordarse cómo se llama.

Y este horror: se deja crecer la barba, se rehusa a ser arreglado y, un día al levantarse, no se reconoce delante del espejo y se saluda a sí mismo, ceremoniosamente.

Lo circundan amigos, inútiles músicas que ejecuta Mme Sabatier, venida desde el fondo de los años para verlo morir, cuadros de Manet y su madre, lenta como una sombra. Tiene el color terroso y los ojos fijos, interrogadores. Parece que le gusta escuchar charlas evocativas. De pronto quiere responder. Hace un esfuerzo extenuante, que le conmueve todo el cuerpo, que le convulsiona el rostro en una especie de trágica y mortal epilepsia y dice, dificultosamente: "Non, non, cré, nom, non".

Lucha todavía. Se somete a una desgajante gimnasia bucal para decir: "Buenos días, señor. Buenas tardes, señor". A veces, cuando está muy bien, murmura: "La luna es bella". Y ni una sílaba más.

Pero sus fuerzas están agotadas. Empieza a abandonarse. Se siente muerto a medias. Ya no se levanta más de la cama ni se lava nunca. Las llagas empiezan a cubrirlo. Cuando lo mueven grita o gime sordamente, como un animal herido. Dos años lleva de martirio. El 29 de agosto de 1867, amanece tranquilo. Está con los ojos abiertos, pero parece dormir. Así con los ojos abiertos, indiferente ya al mundo que le rodea, ve llegar la muerte. Una noche más: sus ojos no se cierran. Un día íntegro, el 30 de agosto, con su noche, continúa tranquilo, con los ojos monstruosamente abiertos.

La mañana del 31, a las diez, su madre le habla al oído: recuerdos cariñosos, vagos proyectos. Otra mujer está en la habitación. A eso de las once dice:

—La comprende, señora, la comprende. ¡Ha sonreído!

En su rostro, que acababa de helarse y en el que los ojos, siempre abiertos, se habían tornado vidriosos, nadie, jamás, pudo descubrir esa extraña, horrible, inimaginable sonrisa.

Mme SABATIER por MEISSONIER

EL TEMA DE LAS ABEJAS DIABETICAS

por

E. GONZALEZ LANUZA

1a. VARIACION
ACERCA DE LA POSIBILIDAD DE UN HOROSCOPO CIVIL-NOMINAL

POCAS personas —por no decir ninguna— he conocido con un corazón más sensible, acompañado por un alma más candorosa, que aquel ilustre honor de la ciencia, gloria de la biología, pasmo de la entomología y fénix de la endocrinología que se llama el Dr. Aspasio Frontispicio.

La delicada eufonía de su nombre y apellido combinados había influído para despertar, o al menos para mantener, viva en él aquella suprema aspiración a una armonía perfecta entre el Bien, la Verdad y la Belleza de que hablaremos en seguida.

Porque es este asunto —el de los nombres y apellidos— en el que por cierto no reflexionan suficientemente los padres y con frecuencia se malogra el destino de los hijos por culpa de una desacertada elección del nombre que debe acompañar al patronímico. Por el contrario, la imposición adecuada puede determinar el mayor de los éxitos.

Un ejemplo de esta influencia —mucho más palpable que la astrología— la tenemos en el caso, para nosotros familiar, de don Macedonio Fernández.

El desconcertante maridaje del comunísimo Fernández con el desacostumbrado Macedonio debía producir, y ha producido, el más grande de los humoristas argentinos, aquel cuya trayectoria de pensamiento es tan difícil de adivinar como su apellido para los que únicamente conozcan su nombre o su obra.

Un aspecto es este que aún no han sospechado los eugenisnistas, pero es indudable que se podría mejorar la especie humana —al menos empeorarla es imposible— de la manera arriba indicada. Acoplando a cada apellido todos los nombres existentes, se tendría la totalidad de los tipos y destinos humanos. Un buen jefe de Registro Civil no debería ignorar estas nociones, y así, cada vez que un padre novel o veterano se presentara a sus oficinas para anotar el nombre del nuevo ser, podría obsequiarle con un acertadísimo horóscopo, en el que se previeran las alternativas de la nueva vida.

Pero mientras no se oficializa nuestra idea, contentémonos con señalar los casos en que ella es evidente, y así repitamos que el Dr. Don Aspasio Frontispicio —de los ilustres Frontispicios de Río Cuarto— había nacido bajo esta amable fatalidad que debía llevarlo a los más puros y elevados sentimientos.

2a. VARIACION
...DEDOR DE LOS PRIN...S DE TRIGONOMETRIA FILOSOFICA

"Nuestra alma debe ser un triángulo equilátero cuya base sea el Bien y a cuyos lados se elevan la Verdad y la Belleza para encontrarse en el vértice de la Perfección".

Este lema llenaba toda su vida y su obra. Había sacado de él todas las conclusiones posibles, aplicándole el teorema de Pitágoras, y hasta el de las tangentes, calculando lo que él llamaba el Area Espiritual, conociendo la capacidad para el bien, o sea la base, y multiplicándolo por la mitad de la altura de los sentimientos ético-estéticos.

Todo lo que se apartara del bien no podía ser ni bello ni verdadero porque carecía de base. Así escribía:

"¡Qué malvado es el hombre que se recrea y encuentra una satisfacción artística en el canto plañidero de la viuda tortolilla! Y en vez de buscar un remedio a sus cuitas, se dedica a multiplicar las viudedades con los disparos de sus escopetas, para solaz no sólo auditivo sino también gastronómico. Saborear con fruición —y con polenta— a las víctimas en cuya memoria se prodigaran tan tiernas elegías, encierra no sé qué desagradable fondo de canibalismo".

Demás está decir que el Dr. Frontispicio tampoco aprobaba la vida escéptica, que aún teniendo el bien como base y la verdad como una aspiración, carece de ideales estéticos por lo que le falta uno de sus lados.

En toda su copiosa labor ético-científico-literaria, de la que debemos destacar su monumental "Orígenes del instinto ético-estético de los blátidos" y sus "Fundamentos morales y literarios de la endocrinología en los dípteros", se puede seguir paso a paso el desarrollo tenaz de su lema.

La ciencia pura, el arte puro, la moral pura, eran para él absurdas abstracciones. Estas, o se relacionaban entre sí o carecían de todo significado. Pero estas relaciones no debían ocasionar una intrusión de una en las actividades de las otras. Así escribía:

"El hombre no puede desentenderse de estos principios fundamentales, y, desde luego la utilidad inmediata no justifica en modo alguno las transgresiones. Así, por ejemplo, no podemos tolerar esos adefesios producidos por la industria seudo artística moderna, que nos ofrece a lo mejor una Venus de Milo con un reloj en el vientre. Y semejante mamarracho no será tolerable aún cuando el reloj marque la hora exacta y se destine a una rifa a beneficio de un asilo de huérfanos sordomudos y ciegos, porque en tal caso, aún coincidiendo en el mismo objeto la belleza de los contornos clásicos, la verdad astronómica de la hora y la bondad humanitaria de la rifa, dichos principios coinciden pero no concuerdan, y por tratar de unirse todos en un solo punto destruyen la armonía del Triángulo Simbólico, y siendo independientes entre sí se anulan mutuamente, destruyendo la exactitud del reloj, a la belleza de la estatua, y aminorando así el interés por dicho adorno disminuirá en la misma proporción el bien que se trata de producir".

3a. VARIACION
QUE TRATA DE LAS APARENTES Y REALES INJUSTICIAS BIOLOGICAS

Si Don Aspasio hubiera dedicado sus actividades al teatro, a la filatelia, a la colombofilia o a la divulgación del esperanto, distracciones estas inocentes y poco comprometedoras, hubiera encontrado sin duda muchísimas más oportunidades para aplicar sus principios encomiabilísimos, porque en la biología, la verdad sea dicha, se encuentran con demasiada frecuencia ejemplos desmoralizadores.

Pero cuando una idea se apodera de una persona de imaginación, todo se arregla con facilidad, no por aquello del color del cristal con que se mira—ese pobre cristal ya opaco a fuerza de manoseos— sino por algo más sencillo: porque la idea dominante reemplaza a toda la realidad, quedando ésta reducida al papel de comparsa complaciente, que dice que sí a todo lo que la otra propone.

El Dr. Frontispicio, que se había especializado en entomología, trataba con todas sus fuerzas de remediar las injusticias e iniquidades que suceden en el mundo de los insectos, con lo que, desde luego, tenía para rato.

Pero su espíritu finísimo sabía distinguir con certeza entre los fenómenos que, aparecieron idénticos para el vulgo, encierran una diferencia sustancial.

"Hay ciertas llamadas injusticias biológicas —decía— que no está en nuestras manos remediar. Ante ellas debemos inclinarnos y reconocer nuestra ignorancia, que nos impide ver el conjunto de una superior armonía, de un maravilloso equilibrio de los cuales la supuesta injusticia es sólo una parte. ¡Quién sabe la perfección ideal, la sublime armonía que se oculta bajo las apariencias infames de una araña que devora a una mariposa o del insecto que deposita sus huevos en el cuerpo vivo, pero inmovilizado, de su enemigo para que sus larvas se alimenten con él!

"Debemos callar ante esos misterios de la Naturaleza, pero no por ello perder nuestra fe, que debe ser inconmovible, en que ellos responden a una secreta necesidad para que se realice la síntesis de la Belleza-Verdad-Bien.

"Pero hay otras injusticias antibiológicas que no obedecen a tan altos fines; otras injusticias realmente injustas, como que son provocadas o al menos mantenidas por el hombre. Con miras puramente utilitarias se consienten y hasta se estimulan terribles enfermedades entre las más modestas especies animales. Entre todas ellas, ninguna más flagrante, más evidente, que el caso de la diabetes en las abejas.

4a. VARIACION
QUE TIENE POR OBJETO DEFENDER A LAS ABEJAS CONTRA SU TERRIBLE ENFERMEDAD

"Estos inocentes animalitos —continuaba—, que a la menor herida fallecen, aun cuando la lesión sea producida por ellas mismas a un tercero, están bien lejos de sospechar que tal fatalidad la sufren simplemente por un desarreglo en las funciones de la nutrición que aqueja a la especie desde hace siglos.

"Ni aún en los casos extremos de tan terrible enfermedad en la especie humana, se ha visto jamás nada parecido a esa incapacidad de asimilación que determina la formación de la miel en el rubio cuerpecillo del animal.

"Es algo doloroso, pero debemos acostumbrarnos a contemplar cada colmena no como una república bien organizada, ni como una especie de Caja Nacional de Ahorro Postal, como las ven algunos incautos, sino como una sala de hospital dedicada a enfermos de la nutrición".

Probaba más adelante, con sobra de razones, cómo todos los poemas y demás invocaciones artísticas dedicadas, tanto a las abejas como a la miel por ellas eliminada, escondían en el fondo el más perverso de los egoísmos utilitarios.

¡Ah! —decía— si el desorbitado metabolismo de esos incautos insectos cambiara de pronto la enfermedad que sufren por otra —ictericia, por ejemplo,— cuyo producto, en vez de ser alimenticio y grato al paladar fuera amargo y desagradable, ¡cuántos menos epigramas, loas, epitalamios y odas se les dedicarían!"

Escribió a propósito de tan interesante tema un folleto con el seductor título de "Metabolismo y poesía", en el que además de la proposición ya copiada se preguntaba:

—"¿Podrá, pues, haber verdadera belleza en esos poemas inspirados en la desgracia ajena?"

Y se contestaba a sí mismo a renglón seguido:

—"¡Jamás! Falta en ellos el Bien, y el Triángulo Espiritual falla por la base".

Denunciaba, además, ante el Departamento Nacional de Higiene la propaganda a favor de la apicultura.

"Vaya con los apicultores! —escribía con el más mordaz de los tonos—. Diabeticultores se debían llamar, pues no es a las abejas sino a su enfermedad a lo que cuidan, llegando en algunos casos —tiembla uno al pensar en semejante enormidad— a la infamia de ponerles cerca de las colmenas azúcar para agravar su mal en vez de ofrecerles como alimento trozos de páncreas que acaso pudieran reducirlo".

5a. VARIACION
SOBRE LOS METODOS DE D. ASPASIO PARA COMBATIR EL MAL

Y como don Aspasio Frontispicio no era de esos filósofos que tras de descubrir un nuevo principio se lavan las manos, como las comadronas tras de presentar el recién nacido y se van a otras cosas, sino que, por el contrario, era como el buen padre que guía y, trata de sacar adelante a su prole, no podía en manera alguna desentenderse de aquella injusticia por él señalada y dejar a otro la misión de remediarla, y se propuso, nada menos, que curar a las abejas de su secular dolencia en nombre de los más elevados principios de humanidad.

Para ello se proporcionó varias colmenas de las mejores —es decir, de las peores—, en una palabra, de las que rendían mayor cantidad de miel al año. Don Aspasio se enternecía viendo el constante ir y venir de los animalitos en procura del néctar de las flores, sin sospechar en la ceguera de su instinto, que, de acuerdo con la endocrinología, aquello era un verdadero veneno para la especie. Los comparaba, in mente, a los cocainómanos, que reducen todas sus actividades a la consecución de la cocaína y que, aun cuando se les ve dedicarse afanados a cualquier comercio o industria, lo hacen únicamente con el fin secreto pero fundamental de lograr alcaloides.

¡Cuánta leyenda conmovedora habían bordado los falsos moralistas alrededor de las abejas con el único objeto de cohonestar la explotación de sus dolencias! El procedía, en cambio, sin literaturas ni sentimentalismos, como un verdadero médico que sabe la responsabilidad que sobre él pesa y que nada debe dejar librado a la voluntad de los enfermos, que por desconocer la existencia de su mal son sus propios enemigos.

Así, y como no tenía manera alguna de comunicar sus determinaciones a sus pacientes, empezó por limitar el área de sus vuelos, construyendo una especie de gran mosquitero de tejido metálico, con la particularidad de que, en este caso, los insectos quedaban dentro y no fuera de él.

Luego, comprendiendo que un repentino cambio de régimen podía ser fatal para sus pupilas, procedió a una reducción sistemática de las dosis de azúcar, diluyendo el néctar de las flores con riegos apropiados. En los primeros meses pudo notar que si bien había aumentado algo la mortalidad de los animalitos, en cambio la producción de miel había disminuído en proporción mayor, siendo su contenido de azúcar mucho más reducido.

Lo de la mortalidad no le preocupó mayormente por sustentar él un gran principio que sintetizaba en estas palabras: "Más vale morir sano que vivir enfermo", y por considerar, además, que ella debía ser causada por el cambio de alimentación algo brusco, pues pese a todos sus cuidados era un régimen de siglos el que estaba sustituyendo en pocos meses.

Con las abejas ya más acostumbradas a la nueva vida, ensayó después métodos más radicales. Creó un ingenioso jardín en el que sustituyó las flores naturales por otras hechas de gluten y en las que el néctar estaba reemplazado por un líquido obtenido con esencias de las empleadas en las bebidas sin alcohol y un poco de sacarina.

Las abejas, atraídas por el dulcísimo sabor de aquella nueva especie de flores prohibicionistas, se apresuraron a darse grandes atracones del jugo artificial e inofensivo.

Don Aspasio se frotaba las manos con satisfacción viendo el perfecto resultado de sus desvelos y cálculos.

Con el nuevo procedimiento intensivo, es cierto que perdieron las abejas bastante peso, pero debe aclararse que esta pérdida iba acompañada por una reducción paulatina del volumen por lo cual el peso específico no se rebajaba en nada. Así, un litro de abejas seguía pesando igual que antes, con la ventaja de contener más animalitos.

Además, éstos perdieron el feo vicio de segregar cera, costumbre que si bien no puede decirse que sea poco edificante, puesto que les sirve para fabricar las paredes de sus panales, es sin duda de bastante mala educación.

Llegó por fin el ansiado momento en que un prolijo análisis del producto elaborado por sus abejas pudo comprobar que no contenía nada de azúcar.

Don Aspasio había triunfado.

6a. Y ULTIMA VARIACION
CON EL FRACASO FINAL DEL DR. FRONTISPICIO Y LA MORALEJA

Había triunfado es mucho decir. Rebajemos un poco y pasando del indicativo al subjuntivo digamos: hubiera, habría o hubiese triunfado... siempre que no existieran congresos científicos internacionales.

A uno de éstos, dedicado a las cuestiones entomológicas, se presentó el doctor Aspasio Frontispicio, en representación del numeroso y distinguido gremio de entomólogos de Río Cuarto, llevando como objeto fundamental la exposición de sus doctrinas y puntos de vista, presentando al mismo tiempo las primeras abejas totalmente curadas de la diabetes secular.

Las noticias divulgadas ya en las revistas científicas del ramo, habían despertado el entusiasmo, el interés y, ¿porqué no decirlo?, la envidia de numerosos colegas. Varios de ellos, aprovechando la idea, habían tratado a las abejas por otros procedimientos, desde las inyecciones de insulina hasta la autoseroterapia, con malos resultados. Aguardaban, ansiosos como es natural, el momento solemne en que el ilustre sabio presentara ante la admiración del mundo los primeros insectos redimidos del terrible mal.

Y como todo llega, llegó también el instante tan deseado en que Don Aspasio, tras de un tímido "pido la palabra", se puso de pie en medio del silencio religioso de todos sus colegas.

Tras de una preliminar invocación al sublime Triángulo Simbólico del Bien-Verdad-Belleza, adorado por él como si fuera la Santísima Trinidad, empezó su exposición en los términos humanitarios y concisos de los que me he permitido dar una muestra. Después de sentados los principios fundamentales, pasó a declarar cuáles eran los métodos científicos de curación por él empleados, y cuando aún los más envidiosos acababan de rendirse a la evidencia quiso poner el punto final a su disertación presentando a los pacientes por él curados. Con ademán modesto se adelantó hasta la mesa presidencial y en ella depositó una cajita con tapa de cristal, en cuyo interior se encontraban los salvados insectos.

Mientras él se retiraba a su sitio, una verdadera avalancha de entomólogos, tal como jamás se había visto ni es posible que vuelva a verse, febricente, perdida toda compostura, se lanzó a la dichosa cajita para contemplar el prodigio.

En un principio ninguno logró ver nada, porque todos se lo impedían mutuamente con sus prisas, pero cuando el presidente logró restablecer el orden por un instante y la capita circuló de mano en mano, surgió, primero, un grito de estupor que decía:

—¡Moscas! ¡Son moscas!

Y luego otros que añadían:

—¡Moscas! ¡Se ha querido burlar de nosotros! ¡Muerte al impostor!, etc.

Este etcétera hizo que aquello perdiera su aspecto de reunión de hombres de ciencia. Mejor dicho ,hizo que adquiriera el verdadero cariz de una reunión de hombres, con o sin paciencia, vale decir, que se desataron todos en insultos, improperios, groserías y procacidades contra el pobre don Aspasio.

Cuando este excelente señor recobró el conocimiento en la Asistencia Pública, después de la formidable paliza que le propinaron, declaró humildemente al policía que trataba de consolarle diciendo que acaso algún mal intencionado le había cambiado los bichos:

—No, amigo mío, no. Nadie me los ha cambiado. Esas eran las abejas que yo curé. Y es muy posible que mis colegas tengan razón. Es más, afirmo que la tienen y que esos pobres animalitos no eran más que moscas, humildísimas moscas. Sin embargo, yo no soy un simulador ni un vulgar tramposo. Lo que sucede es simplemente que las abejas lo mejor que tenían era su enfermedad. Lo mejor que tenían para los hombres. Yo he querido curarlas invocando principios humanitarios y me he equivocado. Soy hombre de ciencia y deben reconocer mis errores.

"Los principios humanitarios, sean los favorables a los hombres, requieren que las abejas sigan siendo diabéticas y produciendo miel.

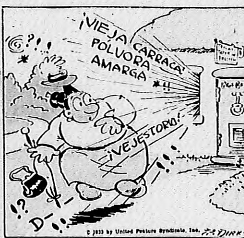
Lo cierto es que yo he procedido no con humanidad sino con "abejidad" y es muy lógico y natural que los hombres no me lo agradezcan... Y muy probable que las abejas tampoco...

★

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, *por Dirks*









EN EL DESIERTO









DULZURAS DE HONOLULÚ ACUÁTICO









EL HURTO DE LOS PECES









★

Libros Recibidos

"*Anuario Socialista*".—(1934).—Editó "La Vanguardia".

Aurelio M. Baidaff.—"*El alumbrado arquitectónico*".—Buenos Aires, 1933.

J. Rodriguez Tarditi.—"*Juan B. Justo Parlamentario*".—*Edición* "La Vanguardia".

Daniel P. Monti.—"*Contrastes*".—(Historia de Niños).—Edit. "La Aurora".

Luc Durtain.—"*Vers la ville Kilomètre 3*".—(Flammarion).—1933, Paris.

Chatelain: *Luc Durtain*. 1933, Paris.

E. Giménez Caballero. — "*Manuel Azaña*". — (Profecías españolas). Madrid.

Humanidades. — Publicación de la facultad de humanidades y ciencias de la educación.—La Plata, 1933.

J. Alvaro Sol: *La jaula sangrienta*, novela. (Editorial Victoria). Buenos Aires, 1933.

"*Mapa de Ferrocarriles de la República*". — (Completamente al día.—Montado sobre telas con varillas.—Una prolija edición de la casa Jacobo Peuser.

"*Comentarios*". — (Prosa). Eduardo González Urquijo. Editorial Aguila.—Colombia, 1933.

Un Cuento Policial:

EL MILLONARIO SIBERIANO



POR LA

BARONESA ORCZY

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

EL hombre que estaba en el rincón se quitó los anteojos y apoyándose sobre la mesa dijo:

¡Misterios!

"No hay misterios en un crimen cuando se investiga con inteligencia".

Polly Burton, mirando muy asombrada por encima de su diario, fijó en él una expresión interrogante y fría.

Aquel hombre le había desagradado desde el instante en que entró precipitadamente y tomó asiento frente a ella, junto a la misma mesa en que se hallaba su gran taza de café.

Esa era su mesa preferida; en ese mismo rincón ella había compartido sus pequeños almuerzos de once peniques, desde aquel inolvidable día en que se unió al personal de "El Observador" y fué miembro de la ilustre Prensa Británica.

Era Miss Mary I. Burton una personalidad. Había "reporteado" a un sinnúmero de personajes. Y había asistido al último garden-party de Marlbourough - House —es decir, en el vestuario,— donde pudo apreciar el sombrero de lady Gomosa, la sombrilla de la señorita Nosé Cuánto... y muchos otras cosas elegantes o no cuyas crónicas se publicaban regularmente bajo el título de "La realeza y el vestido".

Por estas razones —y por otras más— Polly se sentía airada frente al hombre del rincón, y así lo expresó con toda la franqueza de sus ojos castaños.

Estaba leyendo un artículo palpitante de interés. ¿Habría hecho algún comentario en voz alta? El hecho es que la respuesta del hombre iba dirigida a su pensamiento.

Miss Burton (de "El Observador") no pudo menos que suavizar su expresión en una sonrisa. Pensó que nunca había visto un hombre tan raro; parecía tan tímido y nervioso mientras sus dedos largos se crispaban temblones entre un pedazo de piolín!

Después de haber estudiado todos los detalles del extraño sujeto, Polly se sintió más amable:

"Y además, recalcó con bondad autoritaria, este artículo pertenece por supuesto a un diario bien informado; en él se comenta que el año pasado no menos de seis crímenes burlaron a la policía; sus autores están aún en libertad".

"Perdone, señorita; nunca he querido insinuar que no había misterios para la policía; sólo deseo hacer notar que no existen cuando se investiga con maña".

"¿Dirá usted que tampoco en el caso de la calle Fenchurch?"

"Mucho menos en el caso de la calle Fenchurch", replicó el hombre pausadamente.

El llamado misterio de la calle Fenchurch era un crimen que había preocupado y obsesionado durante el período de doce meses a todo ser pensante. ¡Oh! Polly lo sabía bien. Había escrito varias cartas a la prensa sugiriendo, discutiendo; citando pruebas que otros aficionados se encargarían de contradecir. La actitud del hombre tímido era especialmente exasperante. Y ella contestó con premeditado sarcasmo, destinada a [illegible] "al iluso":

"Nuestra policía tiene buena voluntad pero no sirve. ¡Qué lástima que no ofrezca usted sus valiosos servicios para el caso. ¿No es verdad?"

"Bueno, es que hay una razón por la cual dudo que sean aceptados... Además, mis tendencias y mi deber estarían en conflicto directo. Y, sobre todo, no puedo negar mi simpatía por el criminal inteligente y hábil que consigue burlar de lleno a toda la fuerza policial. Ignoro lo que recordará usted del caso que dicho sea de paso no dejó de intrigarme en el primer momento...)

"Oiga, usted, lo que voy a contarle:

"El día 12 de diciembre, una mujer pobremente vestida, pero de aspecto distinguido, se presentó a Scotland Yard para denunciar la desaparición de su marido, William Kershaw, sin ocupación ni domicilio fijo. La acompañaba un amigo —un alemán gordo, grasiento,— y entre los dos narraron una historia que inmediatamente movilizó a la policía.

"Parece ser que el 10 de diciembre —serían las 3 de la tarde— el alemán, Karl Müller, [illegible] casa de su amigo Kershaw con el propósito de cobrar diez libras que éste le debía. Al llegar a la miserable vivienda de la calle Carlota, halló a Kershaw en un terrible estado de excitación y a su mujer [illegible] un mar de lágrimas. Müller aventuró el motivo de su visita, pero Kershaw, con ademán [illegible], lo apartó, pidiendo a [illegible]rropa otro préstamo de dos libras, cuya suma, decía, significaría una rápida fortuna para él y el amigo que lo ayudara.

"Al cabo de un cuarto de hora, como el alemán permaneciera inflexible, Kershaw decidió ponerlo en antecedentes del plan que, según afirmaba los llenaría de oro".

. . . .

Instintivamente, Polly había apartado el diario.

Aquel extraño (con su airecito nervioso y sus tímidos ojos aguados) era bastante ameno.

"Yo no sé —prosiguió— si usted recuerda la historia que el alemán relató a la policía. En síntesis era así:

"Treinta años antes, cuando Kershaw contaba veinte, [illegible] estudiante de medicina en uno de los hospitales de Londres y tenía por compañeros de pieza a un tal Barker y a otro muchacho más.

"Parece que una tarde este último volvió a casa trayendo una gruesa suma de dinero, que había ganado en las carreras, y al día siguiente fué encontrado muerto en la cama. Kershaw pudo felizmente probar una coartada: había estado de guardia toda la noche. En cuanto a Barker, había desaparecido para el alcance de la policía, pero no para lo que los ojos vigilantes de Kershaw podían ver; esto es al menos lo que él decía. Barker planeó hábilmente su fuga del país y luego de diversas vicisitudes se radicó en Vladivostok (Siberia), donde bajo el pseudónimo de Smethurst logró labrarse una poderosa fortuna en el comercio de pieles.

Ahora todos conocen al millonario siberiano. Si antes fué Barker y cometió un asesinato, nunca se probó.

"Pero Smethurst, a pesar de ser hábil, había de cometer una enorme torpeza: escribirle a Kershaw. Dos de esas cuatro cartas carecían de valor al respecto. Además, Kershaw declaraba haberlas perdido. Asimismo, según él la primer carta había sido escrita cuando Smethurst, alias Barker, habiendo gastado todo el dinero obtenido en el crimen, se hallaba abandonado en Nueva York. Kershaw, entonces en prósperas circunstancias, le envió un billete de diez libras. Luego, cuando la suerte varió y Kershaw comenzaba a rodar barranco abajo, recibió de su antiguo amigo cincuenta libras. Según Müller, Kershaw habría pedido varias veces dinero a Smethurst, amenazándolo en vano dada la distancia que mediaba entre ambos.

"Ahora podría surgir la venganza y Kershaw, después de haber vacilado, mostró a su amigo el alemán las dos últimas cartas escritas por Smethurst, que habrían de ser tan importantes en el misterio de este extraordinario crimen.

"Yo tengo aquí una copia de ambas cartas" —agregó el hombre del rincón.

Sacó un papel de su vieja cartera y desplegándolo deliberadamente leyó:

"Señor:

"Sus absurdos pedidos de dinero carecen de garantía. Ya lo he ayudado tanto como usted lo merece, pero teniendo en cuenta sus servicios cuando yo me hallaba en una terrible dificultad, voy a permitir que abuse usted de mi condescendencia.

"Un amigo mío cuenta hacer un amplio viaje en su yacht y me ha invitado a que lo acompañe hasta Inglaterra; deseoso de volver a la patria, he accedido. Ignoro la fecha de nuestra llegada, pero puedo prometerle que no bien toquemos un puerto propicio le escribiré, citándolo para que me vea en Londres. Tenga presente que si sus pretensiones pasan el límite de lo posible sería yo la última persona que soportara semejante "chantage". — Francis Smethurst".

"La segunda carta, fechada en Southampton, es —cosa extraña— la única que Kershaw declaraba haber recibido fechada y cuyo sobre conservó" — prosiguió el hombre del rincón— "y decía así:

"Estimado señor:

"Respecto a mi carta de hace algunas semanas, deseo informarlo que el "Tsarkoie Selo" llegará a Tilburn el próximo martes 10; descenderé allí e inmediatamente tomaré el primer tren para Londres. Si usted desea puede encontrarme en la estación Fenchurch; a las cuatro de la tarde estaré en la sala de espera de primera clase.

"Como presumo que después de treinta años de ausencia mi cara podrá no serle familiar, le advierto que llevaré un amplio sobretodo de astrakán y gorro de lo mismo. Podrá, usted, presentarse; yo mismo lo atenderé. Lo saluda atentamente: Francis Smethurst".

"Era esta última carta la que había provocado tanta excitación en Kershaw, quien, según el alemán, no cesaba de ir y venir por la pieza, gesticulando y profiriendo toda una serie de exclamaciones. La señora Kershaw estaba llena de aprensión.

"Desconfiaba del extranjero que llevaba un crimen sobre su conciencia y que creía capaz de tentar otro más si se trataba de librarse de un peligroso enemigo. Como mujer que era, consideraba deshonroso el plan que se tramaba; ella sabía cuan severa era la ley con la extorsión.

"¿Por qué —agregaba— por qué no quiso Smethurst citar a Kershaw al día siguiente en su hotel?"

"Mil y un razonamientos la excitaban, pero el alemán, seducido por la visión de Kershaw, ya había prestado las dos libras necesarias para que éste pudiera acicalarse un poco antes de ver al millonario. Y al cabo de media hora salía Kershaw de su domicilio, siendo esta la última vez que lo vieran su mujer y Müller.

"Su mujer lo esperó desesperada toda la noche, pero no volvió; en vano lo buscó al día siguiente por todo el vecindario de la calle Fenchurch; todo fué inútil. El día 12 se presentó a Scotland Yard, reveló todo lo que sabía, y entregó a la policía las dos cartas escritas por Smethurst".

El hombre del rincón había terminado su vaso de leche. Sus ojillos aguados velan la expresión ávida de Polly; todo rasgo de severidad había desaparecido en ella para dar lugar a una evidente e intensa excitación.

"Fué recién el día 31 —prosiguió el hombre— que un cuerpo descompuesto e imposible de reconocer fué hallado por dos barqueros en el fondo de una vieja barca. Dicha barca había estado amarrada a una de las escaleras que bajan de las casas mayoristas hacia el río, en el extremo Este de Londres.

"Tengo aquí una fotografía.

"La barca había sido retirada cuando yo tomé esta instantánea. Así mismo podrá usted apreciar lo propicio del lugar para "acogotar" sin temor de ser importunado.

"Como decía, el cuerpo estaba descompuesto y era imposible reconocerlo —debían de hacer unos once días que se hallaba en la barca—, pero fueron identificados varios objetos, como ser un anillo de plata y un alfiler de corbata, que Mrs. Kershaw reconoció como habiendo pertenecido a su marido.

"Ella, por supuesto, no tuvo el menor reparo en denunciar a Smethurst, y como la policía tenía una cuenta con él, el millonario siberiano —como le llamaban los reporteres — fué arrestado en sus departamentos del Cecil Hotel dos días después del asesinato.

"A decir verdad esto no me preocupó. Las palabras de Mrs. Kershaw y las cartas de Smethurst habían ido a parar a los diarios, y fiel a mi método — eso que soy sólo un "amateur"— traté de hallar la razón del crimen. Efectivamente, la intención de librarse de un peligroso malhechor era la idea popular. Bien.

"¿No pensó usted cuan insignificante era, en realidad, ese motivo?

"Evidentemente que un hombre que llega a formarse una fortuna por sus propios esfuerzos no es la clase de hombre que puede temer a un individuo como Kershaw. El debió de saber que Kershaw no poseía ninguna prueba que lo condenara o por lo menos ninguna categórica.

"¿Ha visto usted a Smethurst alguna vez?" —preguntó a Polly, mostrándole una fotografía que había buscado en su billetera.

"¿Qué le sugiere esa cara?"

"Y bien, es extraña su expresión; parece atónita debido a la ausencia absoluta de cejas; luego el corte de sus cabellos..."

"Tan cortos que parecen haber sido afeitados. Exactamente. Eso mismo pude comprobar al verlo en el tribunal, cuando conseguí entrar aquella mañana.

"Era alto, imponente como un militar, de cutis curtido, sin barba ni bigote y de cabeza rapada; pero lo más peculiar era la falta absoluta de cejas y pestañas, que daban a su fisonomía un aspecto tan asombrado, como usted dice.

"Parecía muy tranquilo y hasta bromeaba con su abogado, sir Arthur Inglewood. Luego, mientras se interrogaba a los testigos, se sentaba con una mano apoyada sobre la frente.

"¿Decía usted que no pudo asistir al tribunal y oír el proceso? ¿De manera que no conoce usted a Mrs. Kershaw? Pero yo me las arreglé de manera que pude sacarle una fotografía. Vea usted: ahí la tiene toda envuelta en crespones, tal como estuvo en el banco.

"No quiso por nada mirar al prisionero. Debió de quererlo al vagabundo de su marido. En su dedo lucía una enorme alianza enlutada; creía, firmemente, que el asesino se hallaba allí presente y deseaba pavonear su pena.

"En cuanto a Müller, consciente de su valor como testigo, empuñaba pomposamente las dos cartas que él había identificado. Eran casi sus pasaportes para el país glorioso del éxito y se hallaba henchido de bien confeccionadas respuestas en contra de Smethurst. Pero sir Arthur lo decepcionó al manifestarle que ya no lo necesitaba.

"Luego de esto la excitación fué apaciguándose y Müller se retiró acompañando a Mrs. Kershaw, que se hallaba totalmente abatida.

"El agente D 21 manifestó que el "asesino" se mostró muy sorprendido al ser arrestado. Asimismo, puesto en antecedentes y considerando inútil toda resistencia, se dejó arrestar. Nadie, en el aristocrático hotel, sospechó que algo singular había ocurrido.

"Luego, una enorme esperanza surgió entre los espectadores: la "farra" iba a comenzar.

"James Buckland, portero de la estación, juraba decir la verdad, etc... Pero luego a nada esencial llevó esta declaración. Dijo que el 10 de diciembre, en medio de la más densa niebla que hubo jamás, llegó el tren de Tilburn con una hora de retraso: eran las 6 de la tarde. El estaba en el andén y fué llamado por un pasajero del coche de 1a. Muy poco pudo ver de su aspecto, pues llevaba un enorme sobretodo de piel negra, así como un gorro de viaje de lo mismo.

"Dicho pasajero tenía una cantidad de equipaje marcado F. S. y ordenó que fuera cargado, a excepción de una pequeña maleta, que deseaba conservar consigo. Luego pagó al cochero diciéndole que esperara y se encaminó con su valija hacia la sala de espera.

"Yo me quedé unos instantes conversando con el cochero; luego me volví a mi trabajo, pues el tren de Southend había sido señalado.

"El tribunal insistía sobre la hora exacta en que el extranjero, habiendo revisado su equipaje, se dirigía hacia la sala de espera. El portero declaraba con énfasis: No era ni un minuto más de las 6 y cuarto.

"Sir Arthur Inglewood no tenía nada que preguntarle y se llamó al cochero; éste confirmó en todo las palabras de Bucland. Esperó, como se le había ordenado, con el coche cargado de maletas, pero pasó un largo rato y se hallaba ya cansado. No pensó en depositar el equipaje en la oficina de objetos perdidos y buscar otro viaje; esperó hasta que fueron las nueve menos cuarto y vió llegar precipitadamente, entre la niebla, al caballero del sobretodo, quien, bruscamente, ordenó que lo llevara al Cecil Hotel. Esto —aseguró el cochero— tuvo lugar a las nueve menos cuarto. Sir Arthur no hizo ningún comentario y el señor Francis Smethurst se había quedado dormido entre el espeso abrigo.

"El testigo siguiente, Thomas Taylor, agente, había visto a un individuo harapiento, de cabellos abundantes y barba, ambulando por el andén y salas de espera en la tarde del 10 de diciembre; parecía esperar el tren de Tilbury o de Southend.

"Dos testigos independientes y hábilmente desenterrados por la policía vieron al mismo individuo harapiento vagar por las salas de espera a las 6.15 del martes 10 de diciembre. Este individuo abordó deliberadamente al caballero del sobretodo que acababa de llegar. Ambos conversaron brevemente pero nadie oyó lo qué hablaban; luego salieron juntos no se sabe en qué dirección.

"Francis Smethurst acaba de despertar de su apatía; susurró algo al oído de su abogado, quien, sonriéndole dulzonamente como para animarlo, hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Los empleados del Cecil vieron llegar a Mr. Smethurst con una gran cantidad de equipaje el día 10 de diciembre, martes, a las 9.30, y este hecho terminaba el proceso.

"Todos los presentes se imaginaban a Smethurst subiendo a la horca, y fué ya sin ningún interés que el público esperó para escuchar las palabras que había de pronunciar sir Arthur Inglewood.

"Y cuando nadie lo esperaba, una burla general surgió de entre los espectadores.

"Sir Arthur, desplegando sus largas piernas por debajo de la mesa, acababa de hablar en el más lánguido tono:

"Respecto al asesinato de un hombre llamado William Kershaw, ejecutado el día 10 de diciembre, martes, entre las 6.15 y las 8.45, propongo, si Vuestra Excelencia lo permite, que sean llamados dos testigos, quienes vieron al mismo Kershaw vivo en la tarde del lunes 16 de diciembre, es decir, seis días después de la supuesta muerte.

"Fué como si una bomba hubiese explotado de pronto. Hasta el juez se quedó estupefacto! Y una dama que se hallaba a mi lado sólo reaccionó para decir que: total dejaría su compromiso de esa noche para cualquier otro momento.

"Pero yo" —agregó el hombre — con esa extraña mezcla de nerviosidad y pretensión. Bueno, yo ya sabía donde se hallaba el lado del problema y no me hallaba tan asombrado como los demás.

—Tal vez recordará usted el maravilloso desarrollo del caso que tan extraordinariamente desvió a la policía: Torriani y uno de los mozos del Hotel de la calle del Comercio confesaron que el día 10 de diciembre a las 3.30 de la tarde, un individuo de aspecto miserable entró al café y ordenó que se le sirviera una taza de te. Parecía muy tranquilo, mostrándose amable y comunicativo. Dijo al mozo que su nombre era William Kershaw, que muy pronto todo Londres hablaría de él, y que por un inesperado cambio de la suerte, sería un hombre rico, y no sé qué otra serie infinita de disparates por el estilo...

Cuando hubo terminado su te, se retiró lentamente, pero no bien había llegado a la esquina fué hallado por el mozo un paraguas, que el "rasposo charlatán" había olvidado.

Como es costumbre en el honorable restaurant, el señor Torriani guardó cuidadosamente el viejo paraguas en su escritorio, calculando que su cliente vendría a reclamarlo. Y casi al cabo de una semana el mismo individuo volvió a recobrarlo. Almorzó alguna cosa y conversó de nuevo con el mozo.

El señor Torriani y el mismo mozo hicieron una descripción de Kershaw, que coincide exactamente con la dada por Mrs. Kershaw de su marido.

Bien extraño, por supuesto, era aquel individuo. Era una persona muy distraída, pues no bien acababa de retirarse, fué alzada de debajo de la mesa, una billetera conteniendo diversas cartas y tarjetas dirigidas a William Kershaw. Fué mostrada dicha billetera y Karl Müller, que había vuelto al Tribunal, pudo comprobar sin dificultad que había pertenecido a su querido y lamentado amigo William.



—Esta fué la primera razón en contra del acusado; era bien sólida, no podrá usted negar, y sin embargo habría de derrumbarse como un castillo de naipes. Aun quedaba la cita indiscutible, entre Smethurst y Kershaw, y esas dos horas y media en una tarde de neblina, para responder ampliamente.

El hombre del rincón hizo una larga pausa (y Polly se hallaba en ascuas).

Había llenado el piolín de nudos, no quedaba un solo centímetro libre de ellos.

—Yo le aseguro a usted — prosiguió al fin — que en ese preciso instante el misterio no era tal, para mí. Sólo me asombraba ver que el juez estuviera retrasando los acontecimientos con fútiles preguntas sobre el pasado de Smethurst. Francés Smethurst hablaba con un timbre nasal y había en su voz algún perceptible acento extranjero. Renegó con calma lo que Kershaw había dicho de su pasado, nunca se había llamado Barker y jamás había estado inmiscuido en ningún crimen hacía treinta años.

—Pero usted conocía a ese hombre. ¿No le escribió usted? — insistía el juez.

—Perdón, Usía; nunca, que yo sepa, he conocido a ese Kershaw, y puedo jurarle que nunca le he escrito.

—¿Nunca? — respondió el juez, como poniéndolo sobre aviso.

Es muy extraña su defensa, pues tengo en este momento dos cartas que usted le escribió.

—Yo nunca he escrito esas cartas, Usía. No es esa mi letra, afirmaba suavemente.

Lo que puede ser probado sin dificultad — agregó Sir Arthur, con su lánguido tono — aquí tengo un paquete de cartas escritas por mi cliente, luego de su llegada a Inglaterra, algunas de esas cartas han sido escritas delante de mí.

Fué fácil leer el asombro en la expresión del juez. No existía la menor similitud entre esas dos letras.

Un nuevo misterio había agregado. ¿Quién, pues, había citado a William Kershaw en la estación de Fenchurch? El prisionero dió cuenta satisfactoria del empleo de su tiempo desde su arribo:

—Vine en el "Tsarkoe Selo", dijo, el yacht de un amigo mío. Al llegar a la boca del Támesis era tan densa la niebla que hube de esperar veinticuatro horas antes que fuera prudente desembarcar. Mi amigo, que es ruso, no quiso bajar: temía mucho esta niebla; y salía inmediatamente para Madeira.

El martes 10 de diciembre desembarqué, tomé en seguida el tren para la ciudad, revisé mi equipaje y llamé un coche — tal como los testigos han podido comprobar —. Luego traté de encontrar un bar donde tomaría un vaso de vino; fuí abordado por un individuo harapiento, quien comenzó a relatarme una historia lastimera. Quien era, lo ignoro. Decía ser un viejo soldado que había servido fielmente a su país, luego había quedado en la miseria. Para que pudiera yo comprobar cuan real y patético era su relato, me rogó lo acompañara hasta su vivienda donde se hallaban su mujer e hijos, muertos de hambre. Y bien, Usía — agregó el prisionero con noble expresión — era un primer día en el viejo país; había vuelto luego de treinta años con los bolsillos llenos de oro, y era aquella la primera historia triste que oía. Pero soy un hombre de negocios y no deseaba ser burlado... así ... tan de lleno. Seguí al hombre por entre las calles bajo la niebla. Caminaba silencioso, a mi lado. No tenía la menor noción del lugar donde me hallaba. De pronto me volví para hablarlo y comprobé de inmediato que mi hombre había desaparecido dejándome "largado". Comprendió probablemente que yo no quedaría convencido hasta que no hubiera visto a la "familia muerta de hambre", y me abandonó al azar para irse en busca de otro "candidato".

El lugar donde me hallaba era siniestro y solitario; no se veía ni un vehículo. Traté de retroceder y hallar el trayecto de la estación, pero fué sólo para encontrarme en peores parajes. Me hallaba perdido, sin esperanzas, y en la niebla. Yo no sé si habré errado durante dos horas y media, entre las calles oscuras. Mi único asombro es que por nada pude hallar el camino en toda la noche; ni siquiera había un vigilante para preguntarlo.

—¿Pero cómo explica usted que Kershaw estuviera al tanto de todos sus movimientos? ¿Cómo sabía la fecha de su llegada a Inglaterra? — insistía el juez — ¿Cómo responde usted a estas cartas?

—Yo no puedo responder a ellas, Usía — decía Smethurst tranquilo —. ¿Acaso no he probado a usted que el hombre este... Kershaw, no ha sido matado por mí?

—¿Puede usted nombrar a alguien, aquí o en el extranjero, que haya oído sus planes y la fecha de su llegada?

—Mis empleados de Vladivostok, por supuesto, estaban al corriente de mi viaje, pero ignoran el inglés, y no pueden haber escrito esas cartas.

—¿Entonces, no puede usted ayudar a la policía en el esclarecimiento de este extraño caso?

—El asunto es tan misterioso para mí, como lo es para usted, Usía, y para toda la policía de este país.

Francis Smethurst fué libertado; nada ya lo condenaba. Las dos poderosas pruebas que habían guiado el proceso eran: 1o., que él no había escrito las cartas citando a Kershaw; 2o., que la víctima había sido vista, sana y salva el día 16 de diciembre, es decir, seis días después de "su muerte".

¿Quién, pues, había informado a Kershaw sobre los movimientos de Smethurst el millonario?

El hombre del rincón inclinó su cabezota y miró a Polly luego tomó su querido piolín y fué desatando todos los nudos que en él había; cuando nudo quedado completamente liso, lo extendió sobre la mesa.

—Voy a guiar a usted, punto por punto, sobre la línea de razonamientos que yo mismo he seguido. Usted también quedará convencido de la única solución posible, en este misterio.

Primeramente, dijo con nerviosa calma (había vuelto a tomar su piolín e iniciaba ya otra hermosa serie de nudos). Era evidentemente imposible que Kershaw no estuviera en comunicación con Smethurst. Conocía la llegada de éste, por las dos cartas. Nadie más que Smethurst podía haberlas escrito. Yo nunca dudé de ello. Usted me discutirá que fué probado que esas cartas no habían sido escritas por el hombre acusado?

Recuerde que Kershay era muy distraído, había extraviado ambos sobres. Para él, carecían de importancia; así pues nunca fué desmentido que esas cartas habían sido escritas por Smethurst.

—Pero... — sugirió Polly.

—Un minuto — interrumpió el hombre, mientras hacía otro nudo —. Fué probado que seis días después del crimen, la víctima estaba viva y se presentaba en el Torriani, donde ya era conocido. Allí se olvidó la billetera, de manera que no fuera difícil identificarlo; pero no se trató de averiguar donde había pasado la tarde de ese mismo día, "el millonario Smethurst".

—Quiere decir que... — balbuceó la chica.

—¡Un momento!...

¿Cómo es que el dueño del hotel Torriani, se presentó al tribunal? ¿Cómo sabía Sir Arthur Inglewood, o mejor dicho su cliente, que Kershaw había estado dos veces en el Torriani?

—Y bueno — insistió Poley — la policía... ¿Y cómo sabían que Torriani permanecería imperturbable ante la acusación que se hacía al millonario, constándole que la víctima no había sido asesinada?

La policía — prosiguió el hombre — había empleado el aceite hasta el instante en que el millonario fué arrestado en su hotel. No pensaron que poniendo en los diarios el consabido: "Si alguien llega a saber el paradero de, etc. etc.", el patrón del hotel se habría presentado a la policía inmediatamente y "algo" se hubiera aclarado respecto a Kershaw.

Sir Arthur Inglewood se encargó de traer a Torriani; ¿cómo llegó a esa pista?

Supongo que no querrá usted decir...?

Cuarto punto, continuó imperturbable:

—Nunca se le pidió a Mrs. Kershaw un espécimen de la letra de su marido. ¿Por qué razón? Porque la policía, hábil como usted lo asegura, no partió de la verdadera base. Creían que William Kershaw había sido asesinado, y buscaban a William Kershaw.

El treinta y uno de diciembre, dos barqueros hallaron el supuesto cuerpo de William Kershaw: ya vió usted la fotografía del lugar en que fué hallado: sombrío y desolado, sin duda, ¿no es así? El paraje indicado para atacar cobardemente a un extranjero confiado, asesinarlo brutalmente, robarle su identidad y sus valores y dejarlo podrir.

El cuerpo fué hallado en una vieja barca que durante un tiempo estuvo amarrada al pie de esos escalones. Se hallaba en el último estado de descomposición, y por ese hecho no pudo ser identificado, no obstante la policía había de decir que ese era el cuerpo de Kershaw. Nunca se les ocurrió que ese era el cuerpo de Francis Smethurst, y que William Kershaw era su asesino.

—¡Oh, pero es que fué un crimen artísticamente planeado!

¡Kershaw es un lince! Considere usted todos los aspectos del misterio. Kershaw poseía abundante barba y bigote; se afeitó hasta las cejas. No hay duda de que ni su mujer lo reconoció en el tribunal; y recuerdo que no quiso mirarlo mientras estuvo en el banco.

Kershaw era harapiento y desgarbado; Smethurst parecía un soldado prusiano.

Luego el hecho de volver al Torriani al cabo de unos días (justo el tiempo de buscar peluca, barba y bigote como los suyos), tratando de disfrazarse de "él mismo". ¡Magnífico!

Luego se olvidó la billetera. ¡Kershaw no había muerto! ¡Claro que no!; fué al Torriani seis días después del crimen, mientras que el señor Smethurst el millonario, [illegible] en el parque con la niebla! ¿Qué se puede hacer con un hombre de esos? ¡Vaya!

Buscó nerviosamente su sombrero, y cuando lo hubo hallado, lo tomó cuidadosamente. Polly lo vió dirigirse a la caja y pagar su vaso de leche. Luego desapareció del negocio. Entre tanto, ella había quedado desconcertada, rodeada de fotografías, con los ojos fijos en un pedazo de piolín cubierto de nudos tan complicados e irritantes como el hombre que había estado sentado en el rincón.

Me Quedo con el Muerto

(RECUERDOS DE UNA CORRIDA DE SORTIJAS)

por

PEDRO LEANDRO IPUCHE

ILUSTRACION DE RECHAIN



CONMEMORANDO la jura de la Constitución, la gente del E... nillal se había preparado para una corrida de sortijas de esas que, por lo anunciadas y encarecidas, resultaban torneo acrisolador en los memoriales lugareños.

Pasionaria, muchacha solicitadísima por los mocetones francotes de aquellos pagos, iba a hacer de esa carrera su espada desanudadora.

¿Motivo?

Pues resulta que Santa Cruz Reboledo y Ulpiano Totora, los ...s está de más en el mundo". ...eño, habían tratado de aislar sobre su pecho aquella paloma de sierra. Y que Pasionaria, ocultándolo sabiamente, nunca había logrado declararse por ninguno de ellos.

Conocedora del valor y la vehemencia de tales ejemplares de su raza, su "intento diplomático" era evitar el duelo ciego, donde uno de los dos habría de salpicar con sangre las ansias de la conquista personal.

La ley oscura del gaucho, dice en casos así: "Uno de los dos está demás en el mundo".

2

Dos días antes de celebrarse la corrida, Pasionaria, en un momento de salvadora resolución, había dicho a Ulpiano Totora:

—El que haga más sacadas en las sortijas será el preferido.

Era desahuciar a Totora, quien reconocía la superioridad de Reboledo en el cierre del ...ial de volcao, en la doma con ...rrocinamiento, en el galope ...ado de la guitarra y... en los ...sartes limpios de las sortijas. Naturalmente que Pasionaria amaba a Reboledo, flor y nata del criollismo auténtico; muchacho de gracia prestigiosa y disposición simpática.

Cuando ella hacía una "comparanza" ocurrente, y ponía de un lado a Totora con sus barbas sucias, sus ojos colorados, su frente vivaz y el sube y baja de su ceño cómico... y ponía del otro a Reboledo, saleroso, de suave bozo y grandes ojos café tostados por una claridad fina de alma, pensaba que sólo por un poderoso motivo de refrenamiento no mandaba al grotesco Totora a cavar cuevas, como un tatú.

Pero Totora, en una noche dramática de invierno, cuando la gavilla de malevos del Ruano asaltó la estancia de sus padres, había conseguido salvar a toda su familia, secundado por los peones del campo lindante.

Y aquello era para agradecerse mientras hubiera gratitud campesina y ley gaucha.

3

Bueno. Llegó el día de la corrida de sortijas. Cielo vestido de firme celeste. La tarde ponía sobre el lomo pintado de la laguna el cojinillo de la luz.

A las dos de la tarde iba a arrancar el primer jinete, cuartiando la fiesta.

El cuadro de nuestras sortijas no ha tenido todavía el pintor capaz de realizarlo.

Esplendor de las cabalgatas aderezadas para tomar parte en el entusiasmo veloz del ensarte; la caterva de gurises curiosos desperdigada a los bordes de la ...a de cruce; el picaresco vendedor de pasteles de natilla; el ...itable pregonero de rifas; ...rido variopinto de las chi... empañuelaIas que chacoteaban sobre este o aquel jinete ...paradas junto a los peones ...ntados en petizos o en caba... inferiores; las apuestas ... de los que le tenían más ...al palillo de Manungo Ju... que al de Cecilio Pintos, y ...bre todo, el empaque y la su... ...encia de las predestinadas ... reinas del torneo, y cuy... cetro, trono y corona dependían de la capacidad elástica y rá... de su festejante o novio ... ...dro es este de resonante ... ...l motivo como para que un pincel robusto y violento ponga un toque eterno de gracia en él y lo consiga... si lo aguanta.

Ello es que el primer jinete ha partido a toda rienda; que ha cruzado por debajo del arco sin estimular siquiera a su caballo de ímpetu afilado... y no ha sacado nada.

El número cuatro ha caído en Reboledo. El seis en Totora.

Los dos bromean sobre su triunfo, del cual depende la posesión de la torcaza arisca.

De repente, Totora, atravesado y simulador, mira el lingote recamado con una flor de oro sombrío que ajusta la estribera izquierda del basto de Reboledo, y exclama, sorprendido:

—¿Ande conseguiste esa prienda? Decímelo, hermano. Pucha, viá comprar una igualita.

—Pero, ¿no la conocés? Es de la platería de Bermúdez

—¿Hay más entuavía?

—Creo que sí, che.

—Dejámela ver bien, hermano; es una prenda machaza. Cha, que sos miserable, ¿por qué no me la mostrastes, pues?

Y desmontando, con perversa curiosidad, toma en sus manos la estribera, después de desestribar y alzar comedidamente Reboledo la pierna hasta terciarla en las cruces.

Sea que el rumoreo circundante lo distrajera mucho, lo que es muy posible en el hombre de campo cuando esta de fiestas; sea que su atención entera estuviera alojada en sus ojos, que miraban con rendimiento absoluto a Pasionaria, lo cierto es que Totora, aprovechándose del enajenamiento de Rebolebo, le afloja apenitas y con limpia maestría la cincha del caballo, operación casi imposible entre hombres aduchados a sentir el más íntimo percance en el recado.

Totora monta fácilmente en su tordillo, diciendo con fanfarronería:

—Anque me cueste diez patacones y tenga que vender mi mejor rodeo, viá conseguirme un par de estriberas, ansina como esas.

4

Pasionaria, sentada al lado de su madre, al ver que Totora desciende del tordillo y se acerca al zaino de Reboledo, da vuelta intencionalmente la cabeza.

Creyendo Totora no ser seguido por ella, que parece estar detenida en una conversación dominante con su madre, digita la celada peligrosísima.

Pero la avisada muchacha, atisbando a hurtaojos, pudo mirarlo bien, aunque no creyendo que aquel hombre abnegado fuera capaz de tramar, de manera criminosa y solapada, la muerte de Reboledo, por celos y malquerencias de amor.

Diablo de amor que es para sugerir eso y mucho más.

5

El número dos.

Allá va. Es don Félix Olivera, pretendiente de colmillo amarillento, viudo de cincuenta años a los tientos, pero... con la mocedad amante en conserva.

¡Cómo se revuelve en su asiento doña Feliciana Urán al verlo partir!

—Bravo. Viva don Félix.

El viudo alegre ensartó con acabada limpieza la argollita.

Y helo allí, junto al juez del torneo, con la culebra de su pangaré; haciéndole danzar coscojero puntilleo y espadañar espuma.

—¡Ah, ña Feliciana! Se te ha abierto la ventana — susurraban las traviesas muchachas, mordiéndose los mismos dientes para no reirse.

—Este anillo es expresamente pa usté.

—¡Ay, don Félix, no merezco tanto! No es para tanto.

—Güeno, mi prienda, al tanto, canto.

Y trepando al pangaré del que había descendido para practicar la ofrenda, fué a unirse de continente a los compañeros del punto de salida... "en tanto" que doña Feliciana, solterona y pesada maestra rural, hecha su provisión de estío, se acomodaba en su lugar, abandonado para hacer el recibimiento condigno.

Y ajustándose una peineta enrejada de carey que parecía el borde de una barca, exclamaba con el resabio del estribillo:

—Es demasiado bueno este don Félix. Yo no merezco tanto. Ave María. No es para tanto.

6

El tres sufrió la misma suerte del uno.

Y entonces Reboledo enfiló su zaino, dispuesto a arrancar.

Todos los ojos se volvieron con interés hacia él.

Pasionaria, corrida de nervios, rogaba por el acierto que podría salvarla.

El zaino partió con gozo elástico y resonante.

Reboledo sintió el zarandeo del recado por la mitad de la raya.

Era imposible retroceder o sofrenar.

Su honor y la fatalidad del momento le imponían el trance horrendo.



Velocísimo, iba a cruzar el zaino por debajo de la curva acrobática.

El poderoso ánimo de Reboledo se sobrepuso a todo, y, mas que con la mano adiestrada, con los ojos serenamente abiertos entre los circuitos furiosos del torbellino, logró ensartar la argollita, que estuvo a punto de caerse del colgante debido a lo resoples del corcel desbocado, al que la cincha azuzaba por las verijas.

El gauchaje, con su dominio instantáneo del caballo en situaciones como aquélla, pegó admirado un grito unánime y resuelto:

—Se ha desbocado el zaino.

—A enlazarlo.

—A boliarlo

Y nuestros ásperos jinetes empezaron a revolear lazos y agitar boleadoras cuyo bordoneo, aturdiendo el aire daba la sensación de mangangases enojados.

Aquello fué una de movimientos, lamentaciones, ... escurridas...

El comisario, tratando de encalmar e imponer silencio, se sustrajo lindamente de hacer compañía peligrosa a los gauchos puestos a salvar uno de sus más líricos ejemplares.

Totora formó en la correría trágica. Entre los delanteros revoleaba inútilmente las boleadoras, que a buen seguro no hubiera arrojado para fajar la caballería alocada a habérsele puesto al alcance.

El zaino, lúbrico, con una celeridad de ciclón bufaba, cortando apenas el suelo con los cascos, hasta que, metido en las sierras, al borde brusco de un abra, dió por tierra con el jinete, prendido de los dedos a las cabezadas del basto, que también se fué al suelo, derramando un bárbaro barullo de cueros, estribos y argollas.

El golpe lo mató.

7

Cuando lo transportaron a presencia del comisario, Pasionaria miró sentenciosamente a Totora.

Aquella mirada le arañó las entrañas.

El muerto conservaba en la mano derecha el palillo encintado con la argollita. Coronamiento de tragedia.

De golpe, Totora se acerca a Pasionaria.

—Supongo que aura no carece elegir.

—Sí, carece.

—¿Cómo?

—¿Y quién ha hecho más sacadas?

Totora se acordó de la condición irrevocable de Pasionaria:

El que haga más sacadas en las sortijas será el preferido.

Entonces arguyó, sonriendo aviesamente:

—Pero entre un muerto y un vivo...

—Me quedo con el muerto.

Al ver Totora contrastado su recurso patético de conquista, sintió que la mala hiel lo quemaba, como veneno cáustico.

Se amarró a la confianza última:

—Ricuerde, Pasionaria, que ustedes me deben la vida... que cuando el Ruano...

Ella no lo dejó concluir.

—Ricuerde, Totora, que usté nos salvó la vida hace mucho... pero aura me ha matado a Reboledo.

—Pero Pasionaria...

—Si yo lo ví.

—¿Qué dice?

—Que yo lo ví.

—¿Cuándo?

—Cuando aflojó la cincha.

Y zamarreada desde su congoja, se precipitó sobre la cabeza ensangrentada de Reboledo, asegurando al besarlo en la frente:

—Sí, me quedo con el muerto.

A los Colaboradores

★

No se mantiene correspondencia acerca de las colaboraciones enviadas, ni se dan informes verbales acerca de ellas.

Las aceptadas lo son sin compromiso, en cuanto a la fecha en que serán publicadas.

Los siguientes manuscritos han sido rechazados y están a disposición de sus autores durante diez días. Pueden ser retirados en días hábiles, de 10 a 12 horas.

"Año Nuevo", "Córdoba Industrial", "Agencia de Colocaciones", "Lossentidos de un profano", "Falsa posición", "Un pan de munición", "El sargento del pueblo", El imperialista", "El Payaso", "Ha muerto Gabina", "Cosas de tierra adentro", "Romanticismo (R. I. P.), "El Payador", "La salvación del profesor", "Gladstone, el gran político atleta", "La huerfanita", "Un hombre", "¿Cuál de ellos?", "Un hijo", "El gallo del campanario", "Allá en Alemania", "El cigarro",

Museo de la Confusión

por

Anímula Vágula

ILUSTRACION DE RODRIGUEZ

★

En la crónica sección Letras Argentinas de la revista Nosotros (ellos), el supuesto crítico Augusto Cortina, desmintiendo su apellido, dedica cuatro páginas al análisis de la obra "Poemas" de José R. Destéfano. Expresa el señor Cortina:

"El idealismo conduce a Destéfano a una vida interior, solitaria, densa. Aislamiento ascensional. Aeronavegación hacia el éter radiante que fluye de la eterna belleza. No podía ser de otro modo, el alma de quien investiga fervorosamente La idea de la belleza de Platón y los Orígenes del Arte Griego".

Declaro meditabundo que ignoro la relación existente entre Platón y el Graf Zeppelin; el aislamiento ascensional en el éter radiante y los orígenes del arte griego, pero ello no obsta para que dude de esa vida interior que se dedica a la aeronavegación, la estratosfera, al Ministerio de Relaciones Exteriores y otras aberraciones del uso externo.

Continúa el cortinado crítico:

Su espiritualidad es de transparente pureza. Desde el oasis ubérrimo de la inteligencia, se ve pasar la vida cual arena estéril, deleznable.

¿Arena estéril, deleznable? ¿Y el depositado granito de arena; y el óbolo de cemento armado, y los desagregados silicios con que generalmente se contribuye al abultamiento de las diferentes alcancías de la Liga pro Tuberculosis y de la Asociación Ayuda Mutua Mamíferos Unidos, son también infructuosos e inconsistentes?

El analista con telones no pierde la inspiración y sigue:

La atmósfera en que vuela el pensamiento de Destéfano, es ideal, abstracta. ¿Cuáles parecen sus lecturas favoritas? Platón, Keats, Mallarmé, Valery; Góngora y la moderna poesía española: Guillén, García Lorca, Salinas...

¿Y por qué no, Sesostris, Buster Keaton, Abd-el-Krim, la guía telefónica, la sopa de letras o el chaleco de fuerza?

El locuaz prosigue el análisis:

Tiene la obsesión de la nobleza verbal. Rinde culto a la palabra nueva, única. Las voces armoniosas, esmaltadas, selectas, le producen vivísimo placer. Busca términos en el vocabulario poético, como quien elige piedras preciosas en un cofre. Acaso más de un verso no es sino el engarce de una palabra.

Tal poesía no es para multitudes. Transcribo algunos versos valorizados por el uso feliz de una palabra:

Conduce, lampadoforo,
un haz de llamas que ondula.

¡Qué furtivos pestañeos
de tornasoles escamas!
brillo agónico de escamas.
Muros que ya la pátina jaspea.
Caracolea un vientecillo tímido.

Para asombro del crítico en cuestión, confesaré que el lampadoforo, los furtivos pestañeos, la pátina que jaspea y el caracoleante venticello no me han causado la menor felicidad y que lamento que el autor de esos versos, despues de introducirse en un cofre de palabras preciosas, haya salido lleno de tornasoladas escamas, tiendas acaracoladas y dedicado al patinaje. No comprendo tampoco por qué el poeta, que tiene la obsesión de la nobleza verbal y las voces armónicas, se dedica vitaliciamente a apellidarse Destéfano.

El señor Cortina suma y continúa:

Este autor recurre al participio, con éxito y frecuencia, según puede verse:

en la sombra empurpurada.
amapolas escarchadas.
Da la fronda su albergue,
tienda acaracolada.

No participio de este sistema analista, consistente en demostrarnos los éxitos obtenidos con el artículo neutro, la conjunción copulativa, el adverbio de tiempo fuera de lugar, los paréntesis cercanos, el acento circunspecto y la diéresis cremante.

Prosigue el narrador:

El buen poeta lucha con el idioma como el escultor con el mármol.

Una de las tantas ventajas que reporta el no ser escultor, evitándonos el trabajo de tener que combatir con un peldaño, hacer match draw con un mármol de Carrara, hincharle un



ojo a la fuente de Lola Mora, o ser puesto de espaldas por un mausoleo.

Otra buena frase cortina:

La luz artifical de una crítica tendenciosa, hizo a veces confundir el abalorio con la gema.

Frase indudablemente plagiada de aquella tan conocida, que dice: la luz natural de una crítica sin tendencias hizo a veces confundir el lavatorio con la quema.

¡El sintético d e s m e nuzador insiste!:

Destéfano huye la grandilocuencia. Ama lo esencial, lo aislado. Su sensualidad expectante sintoniza las ondas voluptuosas, para irradiarlas luego en mesurados efluvios. Su exaltación, empero, casi no puede, a veces, sofocar el grito.

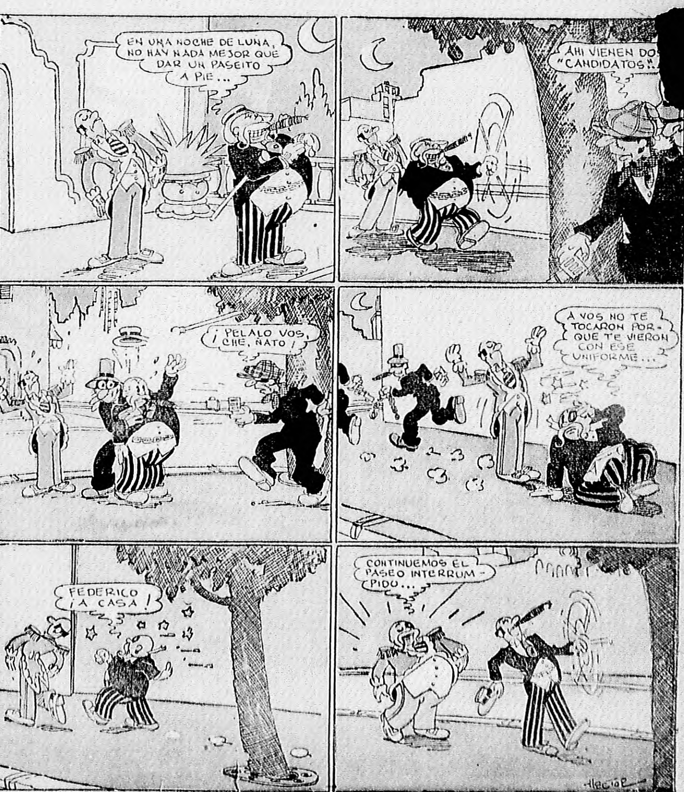
Situación que puede identificarse con la de algunos mesurados lectores sorprendidos por la irradiación de efluvios y la sintonización involuntaria de visillos, lienzos o doseles.

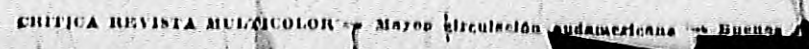
El ameno elucubrador finiquita el estudio del caso en forma que no desmerec de su anterior actuación. Corramos el store!

Cuando, como en el caso presente, se valoriza la propia cultura por estudios laboriosos cuando un hálito de vivencias universales anima el mundo espiritual, queda siempre abierto hacia lo infinito, un pórtico de magníficas posibilidades. Pero el poeta no ignora que, tanto en el aposento e x i g u o, resguardado por dos vueltas de llave, como entre los aplausos de numerosa multitud, la soledad nos aprisiona, frígida, dentro de su sarcófago invisible.

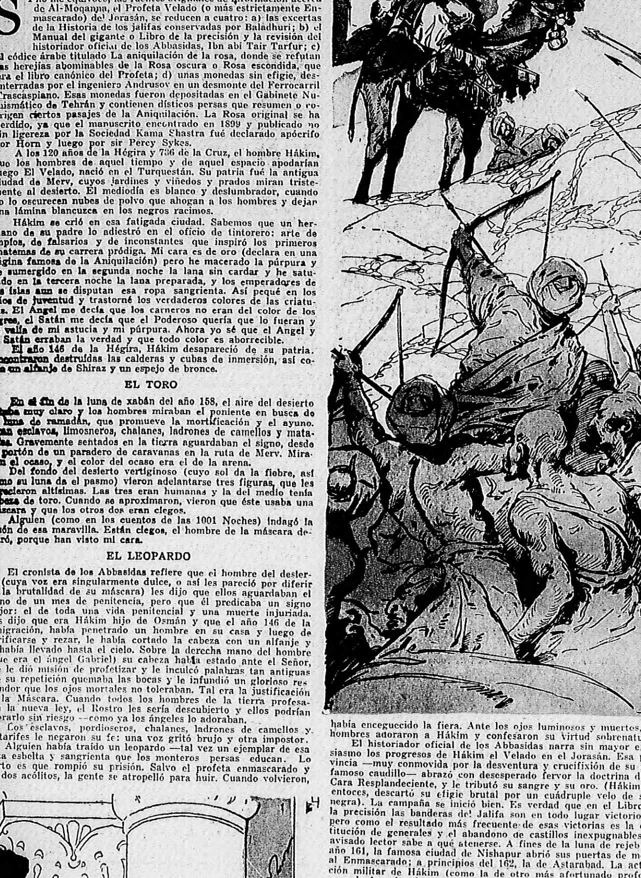
La situación del crítico y del poeta es realmente sensible. O permanecen bajo doble vuelta de llave, sellados y lacrados dentro de una caja de botines, o se ven en la obligación de aguantar los inexplicables aplausos de la muchedumbre que clama por la visibilidad del sarcófago.

El Nuevo Rico ★ por H. Rodríguez





El Rostro del Profeta



SI no me equivoco, las fuentes originales de información acerca de Al-Moqanna, el Profeta Velado (o más estrictamente Enmascarado) del Jorasán, se reducen a cuatro: a) las excertas de la Historia de los jalifas conservadas por Baladhuri; b) el Manual del gigante o Libro de la precisión y la revisión del historiador oficial de los Abbasidas, Ibn abi Tair Tarfur; c) el códice árabe titulado La aniquilación de la rosa, donde se refutan las herejías abominables de la Rosa oscura o Rosa escondida, que era el libro canónico del Profeta; d) unas monedas sin efigie, desenterradas por el ingeniero Andrusov en un desmonte del Ferrocarril Trascaspiano. Esas monedas fueron depositadas en el Gabinete Numismático de Tehrán y contienen dísticos persas que resumen o corrigen ciertos pasajes de la Aniquilación. La Rosa original se ha perdido, ya que el manuscrito encontrado en 1899 y publicado no sin ligereza por la Sociedad Kama Shastra fué declarado apócrifo por Horn y luego por sir Percy Sykes.

A los 120 años de la Hégira y 736 de la Cruz, el hombre Hákim, que los hombres de aquel tiempo y de aquel espacio apodarían luego El Velado, nació en el Turquestán. Su patria fué la antigua ciudad de Merv, cuyos jardines y viñedos y prados miran tristemente al desierto. El mediodía es blanco y deslumbrador, cuando no lo oscurecen nubes de polvo que ahogan a los hombres y dejan una lámina blancuzca en los negros racimos.

Hákim se crió en esa fatigada ciudad. Sabemos que un hermano de su padre lo adiestró en el oficio de tintorero: arte de impíos, de falsarios y de inconstantes que inspiró los primeros anatemas de su carrera pródiga. Mi cara es de oro (declara en una página famosa de la Aniquilación) pero he macerado la púrpura y he sumergido en la segunda noche la lana sin cardar y he saturado en la tercera noche la lana preparada, y los emperadores de las islas aun se disputan esa ropa sangrienta. Así pequé en los años de juventud y trastorné los verdaderos colores de las criaturas. El Angel me decía que los carneros no eran del color de los tigres, el Satán me decía que el Poderoso quería que lo fueran y se valía de mi astucia y mi púrpura. Ahora yo sé que el Angel y el Satán erraban la verdad y que todo color es aborrecible.

El año 146 de la Hégira, Hákim desapareció de su patria. Encontraron destruídas las calderas y cubas de inmersión, así como un alfanje de Shiraz y un espejo de bronce.

EL TORO

En el fin de la luna de xabán del año 158, el aire del desierto estaba muy claro y los hombres miraban el poniente en busca de la luna de ramadán, que promueve la mortificación y el ayuno. Eran esclavos, limosneros, chalanes, ladrones de camellos y matarifes. Gravemente sentados en la tierra aguardaban el signo, desde el portón de un paradero de caravanas en la ruta de Merv. Miraban el ocaso, y el color del ocaso era el de la arena.

Del fondo del desierto vertiginoso (cuyo sol da la fiebre, así como su luna da el pasmo) vieron adelantarse tres figuras, que les parecieron altísimas. Las tres eran humanas y la del medio tenía cabeza de toro. Cuando se aproximaron, vieron que éste usaba una máscara y que los otros dos eran ciegos.

Alguien (como en los cuentos de las 1001 Noches) indagó la razón de esa maravilla. Están ciegos, el hombre de la máscara declaró, porque han visto mi cara.

EL LEOPARDO

El cronista de los Abbasidas refiere que el hombre del desierto (cuya voz era singularmente dulce, o así les pareció por diferir de la brutalidad de su máscara) les dijo que ellos aguardaban el signo de un mes de penitencia, pero que él predicaba un signo mejor: el de toda una vida penitencial y una muerte injuriada. Les dijo que era Hákim hijo de Osmán y que el año 146 de la Emigración, había penetrado un hombre en su casa y luego de purificarse y rezar, le había cortado la cabeza con un alfanje y la había llevado hasta el cielo. Sobre la derecha mano del hombre (que era el ángel Gabriel) su cabeza había estado ante el Señor, que le dió misión de profetizar y le inculcó palabras tan antiguas que su repetición quemaba las bocas y le infundió un glorioso resplandor que los ojos mortales no toleraban. Tal era la justificación de la Máscara. Cuando todos los hombres de la tierra profesaran la nueva ley, el Rostro les sería descubierto y ellos podrían adorarlo sin riesgo —como ya los ángeles lo adoraban.

Los esclavos, pordioseros, chalanes, ladrones de camellos y matarifes le negaron su fe: una voz gritó brujo y otra impostor.

Alguien había traído un leopardo —tal vez un ejemplar de esa raza esbelta y sangrienta que los monteros persas educan. Lo cierto es que rompió su prisión. Salvo el profeta enmascarado y los dos acólitos, la gente se atropelló para huir. Cuando volvieron, había enceguecido la fiera. Ante los ojos luminosos y muertos, los hombres adoraron a Hákim y confesaron su virtud sobrenatural.

El historiador oficial de los Abbasidas narra sin mayor entusiasmo los progresos de Hákim el Velado en el Jorasán. Esa provincia —muy conmovida por la desventura y crucifixión de su más famoso caudillo— abrazó con desesperado fervor la doctrina de la Cara Resplandeciente, y le tributó su sangre y su oro. (Hákim, ya entoces, descartó su efigie brutal por un cuádruple velo de seda negra). La campaña se inició bien. Es verdad que en el Libro de la precisión las banderas del Jalifa son en todo lugar victoriosas, pero como el resultado más frecuente de esas victorias es la destitución de generales y el abandono de castillos inexpugnables, el avisado lector sabe a qué atenerse. A fines de la luna de rejeb del año 161, la famosa ciudad de Nishapur abrió sus puertas de metal al Enmascarado; a principios del 162, la de Astarabad. La actuación militar de Hákim (como la de otro más afortunado profeta) se reducía a la plegaria en voz de tenor, pero elevada a la Divinidad desde el lomo de un camello rojizo, en el corazón agitado de las batallas. A su alrededor silbaban las flechas, sin que lo hirieran unca. Parecía buscar el peligro; la noche que unos detestados leprosos rondaron su palacio, les ordenó comparecer, los besó y les entregó plata y oro.

Delegaba las fatigas de gobernar en seis o siete adeptos. Era estudioso de la meditación y la paz: un harem de 114 mujeres ciegas trataba de aplacar las necesidades de su cuerpo divino.

LOS ESPEJOS ABOMINABLES

Siempre que sus palabras no invaliden la fe ortodoxa, el Islam tolera la aparición de amigos confidenciales de Dios, por indiscretos o amenazadores que sean. El profeta, quizá, no hubiera desdeñado los favores de ese desdén, pero sus partidarios, sus victorias y la cólera pública del Jalifa —que era Muhamad Al Mahdí— lo obligaron a la herejía.

En el principio de la cosmogonía de Hákim hay un Dios espectral. Esa divinidad carece majestuosamente de origen, así como de nombre y de cara. Es un Dios inmutable, pero su imagen proyectó nueve sombras, que, condescendiendo a la acción, dotaron y presidieron un primer cielo. De esa primera corona demiúrgica procedió una segunda, también con ángeles, potestades y tronos, y éstos fundaron otro cielo más bajo, que era el duplicado simétrico del inicial. Ese segundo cónclave se vió reproducido en uno terciario, y ése en otro inferior, y así hasta 999. El señor del cielo del fondo es el que nos rige—sombra de sombras de otras sombras— y su fracción de divinidad tiende a cero.

La tierra que habitamos es un error, una incompetente parodia. Los espejos y la paternidad son abominables, porque la multiplican y afirman. El asco es la virtud fundamental. Dos disciplinas (cuya elección dejaba libre el profeta) pueden conducirnos a ella: la abstinencia y el desenfreno, el ejercicio de la carne o su castidad.

El paraíso y el infierno de Hákim no eran menos desesperados. A los que niegan la Palabra, a los que niegan el Enjoyado Velo y el Rostro (dice una imprecación que se conserva de la Rosa Escondida) les prometo un Infierno maravilloso, porque cada uno de ellos reinará sobre 999 imperios de fuego, y en cada imperio 999 montes de fuego, y en cada monte 999 torres de fuego, y en cada torre 999 pisos de fuego, y en cada piso 999 lechos de fuego, y en cada lecho estará él y 999 formas de fuego (que tendrán su cara y su voz) lo torturarán para siempre. En otro lugar corrobora: Aquí en la vida padecéis en un cuerpo; en la muerte y la Retribución en innumerables. El paraíso es menos concreto. Siempre es de noche y hay piletas de piedra, y la felicidad de ese paraíso es la felicidad peculiar de las despedidas, de la renunciación y de los que saben que duermen.

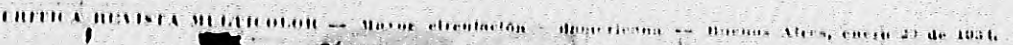
EL ROSTRO

El año 163 de la Emigración y quinto de la Cara Resplandeciente, Hákim fué cercado en Sanam por el ejército del Jalifa. Provisiones y mártires no faltaban, y se aguardaba el inminente socorro de una caterva de ángeles de luz. En eso estaban cuando un espantoso rumor atravesó el castillo. Se refería que una mujer adúltera del harem, al ser estrangulada por los eunucos, había gritado que a la mano derecha del profeta le faltaba el dedo anular y que carecían de uñas los otros. El rumor cundió entre los fieles. A pleno sol, en una elevada terraza, Hákim pedía una victoria o un signo a la divinidad familiar. Con la cabeza doblegada, servil — como la de quien corre contra la lluvia — dos capitanes le arrancaron el Velo recamado de piedras.

Primero hubo un temblor. La prometida cara del Apóstol, la cara que había estado en los cielos, era, en efecto, blanca, pero con la blancura peculiar de la lepra manchada. Era tan abultada o increíble que parecía una careta. No tenía cejas; el párpado inferior del ojo derecho pendía sobre la mejilla senil; un pesado racimo de tubérculos le comía los labios; la nariz inhumana y achatada era como de león.

La voz de Hákim ensayó un engaño final. Vuestro pecado abominable os prohibe percibir mi esplendor... comenzó a decir.

No lo escucharon, y lo atravesaron con lanzas.



JORGE LUIS BORGES

ILUSTRACION DE ROJAS

Fracaso de la Imaginación

DOS cosas conocí simultáneamente en mi vida: América y mi madre. Y la verdad es que ambas son el origen del auténtico drama de mi vida.

América y mi madre me depararon los días de mayor desesperación de mi existencia, que aun transcurre entre lágrimas. Ni los pogroms, ni los prolongados días de hambre, ni las despiadadas noches de frío, pasados en Rusia, entristecieron tanto mi vida, cómo los once años que transcurrieron desde que traspuse la borda de aquel barco holandés, que ya no surca las aguas del Plata...

La incomprensión de mi madre y la falsa prosperidad de América, he aquí el fracaso de mi imaginación que atribuyó a mi madre una ternura fuera del alcance humano, y creyó a América el rincón más rico de la tierra...

Pero, ¿qué culpa tienen mi madre y América de que yo los haya imaginado como no lo son?... Como no pueden serlo. Como no lo fueron, ni lo serán nunca?...

América y sus hombres, que luchan por el sustento con los mismos recursos, con idénticos medios y con igual desesperación que los del resto de la tierra, es como es. Como lo es también mi madre. Ni mejor ni peor que todas las madres del mundo.

Cuando se empieza a sufrir demasiado temprano, como empezo a sufrir mi madre, el corazón se impermeabiliza a toda sensación de lirismo. Y se aprende a odiar...

Nunca olvidaré la sensasion de la primer cachetada recibida de mi madre. Era la sensación del fracaso de mi vida. De mis sueños. De mis esperanzas. Era el comienzo de una desesperación que se proyectaba con insospechables alcances sobre los días de mi vida a suceder, sumidos en la más terrible de las humillaciones.

Nunca nadie se podrá dar una idea de lo que sentí, cuando me hubo cruzado la cara aquella feroz cachetada de mi madre, lanzada al rostro porque sí. Aquella bofetada sin objeto, me sumió para siempre en las tinieblas de la vergüenza permanente en que vivo aún.

Luego, las bofetadas se repitieron, y yo me fuí hundiendo, lentamente, en la cobardía, en la angustia, en la desesperación.

Entonces supe que el instinto maternal no era más que una costumbre. Y que mi madre no podía sentirlo, porque no lo había cultivado nunca.

Que la vida es una prolongada incoherencia lo prueba el hecho de que mi madre hizo lo imposible para traerme a su lado. Aun hoy, cuando las tinieblas invaden por la noche mi cuarto, oscuro como mi vida misma, me pregunto:

—Para qué me ha traído si me odia tanto?...

Y recuerdo cuando cruzaba las estepas acurrucado en el fondo de aquel destartalado trineo, o cuando cruzaba la congelada blancura de Europa sobre aquel convoy pesado y lento, y me imaginaba a mi madre...

¡Qué linda era!... ¡Que buena era!...

Junto a su belleza y a su bondad, mi imaginación, desconcertada aun por la sangre que vió correr sobre la nieve, veía una América próspera y rica, donde el hambre solo se conocía a través de los relatos.

Pero la primer realidad fué la primer cachetada y los primeros días de hambre pasados, que, como los de Humañ, no eran ni más cortos ni más piadosos...

Hacía apenas un mes que había desembarcado. Creí, entonces, que nada ni nadie me volvería a separar ya de mi madre. Pura imaginación.

Al mes de estar con ella me internaba en un colegio, en cuyos pabellones, inmensos como los de las cárceles, vertí las primeras lágrimas en tierra de América.

Lloraba el fracaso de mis sueños que se derrumbaban despiadadamente. Y el de todos aquellos chicos, dormidos en la noche calma, que compartían conmigo la tenebrosidad de aquel dormitorio enorme. Y es que yo creía que todas aquellas criaturas eran abandonadas por madres, que, como la mía, no los quería.

Y con el consuelo de los tontos, que es el mal de muchos, mas con el cansancio del amargo llanto a solas, me quedaba dormido al cabo de la noche, que se iba ante el brioso avance de la madrugada, dejándome detrás con los ojos hinchados y con el pecho destrozado de angustia.

Muchas madrugadas entraron por las ventanas abiertas de aquel dormitorio del pabellón Sarmiento, aventando la humedad de mis mejillas rociadas de llanto...

Y cuando al despertar, me encontraba con la alegría fresca de aquel centenar de pibes que nunca se ponían tristes, yo me avergonzaba de mi tristeza, y trataba de ahuyentarla incorporándome a cualquiera de los grupos de chicos que jugaban.

No había nada que hacer, yo era un enfermo sensitivo, al que sólo curaba el tiempo. Y el tiempo me curó...

Cuando la carcel se me hizo hogar, aprendí a no querer a mi madre. Y digo simplemente a no querer, porque aun no he alcanzado a odiarla y porque no he podido comprenderla. Y porque no está hecha mi sensibilidad para el odio, sino para el amor.

Apenas si sabré olvidar. Pero nada más que olvidar...

El tiempo jamas se detuvo frente a mi angustia. Ni compartió mis alegrías. Era un compañero indiferente que pasaba a nuestro lado, sin volvernos nunca una mirada cordial. Pasaba como un celador, negligente a nuestras vidas y a nuestras travesuras. Y tanto le daba que rompiéramos los vidrios como nos escapáramos al parque.

Nos miraba vivir y pasaba. Pasaba..

Siete años pasaron entre el primer y último día de mi emocionada vida en las aulas de aquel gran Colegio que es el Internacional de Olivos, por cuyos patios inundados de sol y perfumados de viento, he llorado tantas veces el estúpido fracaso de mi imaginación.

Cuando el último examen daba por terminados mis estudios en la casa de Don Pancho, quien al despedirnos solía decirnos a todos:

—Si la felicidad te asiste, olvidate de mí. Si la desgracia te persigue, acuérdate de mí..., yo me iba para volver junto a mi madre.

Y esta vez, por otro mes...

Cuando volví a mi casa, sentí la sensación de ser un extraño en ella. Mi madre estaba mucho más alejada de mí. De modo que resolví separarme de ella. Me lancé en busca de lo que aun hoy, busco por entre el enmarañado tráfico de la ciudad: un alma que se solidarice con mi desdicha.

Quizás me espere en alguna encrucijada de mi camino, cuyo verdadero itinerario aun ignoro. Sólo ando por los caminos abiertos, porque es más sencillo el andar y porque siguiendo sus huellas, no hago mal a nadie.

¡Qué distinto sería si yo tuviera suficientes fuerzas como para abrirme una ruta propia, como suelen hacerlo los hombres que nunca fueron defraudados por su imaginación. Para trazarse un camino aparte, hay que saber hacer daño. Y yo no se, ni tengo fuerza para hacerlo. Caminando, como ando por el camino de todos, mi dolor me duele menos y es menos triste mi fracaso.

Pero no nos extraviemos. Quisiera concluir en el mayor orden posible el desordenado relato de mi fracaso. Cuando me hube separado la segunda vez de mi madre, ya no eran aulas de una escuela las que me aguardaban, ¡qué esperanza...!

No me sorprendió el rigor de una vida para la que estaba desgraciadamente preparado. El hambre, la miseria, y el frío me dieron cita en una esquina y me brindaron una recepción cordial.

Pero yo me reí de sus primeros amagos en tierra de la prosperidad. Como me sigo riendo todavía, cada vez que me amenazan con ganarme de nuevo...

Me recibieron con su congelada cordialidad, el frío y la miseria. Y me ofrecieron sus brazos abiertos en cruz.

Compartí con ellos los días inevitables y volví al mendrugo seguro y al reposo tranquilo, dejándolos atrás, en la misma esquina donde salieron a mi encuentro. Quizás para siempre. Quizás para volverme a unir a ellos en el próximo recodo del inconcluso camino...

La primer cachetada materna primero, y la compañía de mis tres amigos, después, me desengañaron de la ilusoria prosperidad de América...

—¡Qué vida!... ¡Qué vida!...

Estaba claro. Mi madre no era la que mi imaginación creó. Ni era la mujer más linda de la tierra y distaba mucho de ser la más buena.

América... América... como Humañ y como toda la tierra, conocía la inclemencia del hambre y el horror de la miseria.

Los hombres de América, como los del mundo todo, hacen daño para triunfar y triunfan haciendo daño. No había nada que hacer.

Estaba evidente el fracaso de mi imaginación...

POR

DEMETRIO ZADAN

ILUSTRACION DE [illegible]



FRACASO de la ASTROLOGIA

por el Doctor Seni

ILUSTRACION DE SORAZABAL

UNA comisión, formada por astrólogos y no astrólogos, presentó hace algunas semanas ...ín, después de nueve ...e intenso trabajo, sus ...ones sobre un rico ma... ...e recientes interpreta... "sentencias" horoscó... ...ué este el primer ensa... acerca del contenido ...o declarado como tal ...pocos, de la astrología ... Tanto los partidarios ... escépticos deben aco... complacencia el exa... ...a conclusión de la co... ...s peritos. El astrólogo ...era a sí mismo, ante ...mo una especie de mé... espiritual, llamado a ser ...y consejero de las almas ...dos los problemas de la ...y particularmente en las ...de gran aflicción. Una ...gación crítica y serena ...strología, la que está en ... de moda en la post...era, pues, necesaria, ...nprescindible.

...ataba de aclarar los dos ... siguientes: I.— ¿Puede ...ología ofrecer indicacio... ...cisas y justas sobre el ... y el destino de un ... II.— Si es así, ¿has...anto llega la importan...as declaraciones? (Ca...var que a este propó... opiniones de los astró... ...vergen mucho: unos ...e la astrología puede ...mente una interpreta... carácter, otros que la ...á también en condi... ...ndicaciones so... destino de un ...rimer tarea de ... la de esbozar ... preguntas: una ... preguntas so... la otra 36 acer... ...e la persona en ...strólogos de la ...ieron la libre fa... ...coger, para los en... ...rofesionales" capa... ellos preferían. Ha...lado la máxima ga... ...e la astrología es...resentada por fuer...te calificadas.

...logos así selecciona...on la tarea de lle... planillas para cu... por ellos descono... cuyos datos princi...eron suministrados. ...latos se apuntaban, ...a fecha, hora y lu...ìento de los cuatro ...también las fechas ...to y deceso de sus ...rofesión del padre, ...ón (por ejemplo ...a") y los años en ...ctiva persona había ...rma o atravesado ...tos de particular ... ejemplo, cambio ...social). Es eviden...ólo estas indicacio...n, en muchos casos, aun sin la ayuda de ...ía, una imagen en cierta medida exacta de un hombre. Antes de que las preguntas contestadas por los astrólogos llegaran a la comisión pericial, las mismas fueron contestadas, para cada una de las cuatro personas, también por otra parte: y precisamente por la persona misma, después por una personalidad que conocía a los cuatro individuos, luego por un psicólogo, sobre la base de un interrogatorio bastante largo, y por fin por un astrólogo que, como los dos últimos señores citados, pertenecía a la comisión. Esos protocolos diferían, naturalmente, a menudo y bastante el uno del otro. En una reunión en común con cada una de las cuatro personas aquellos protocolos fueron revisados por la comisión y utilizados como base para un llamado "Psicograma". Ese Psicograma constituía la medida, con la que habían de cotejarse las declaraciones de los astrólogos.

Todos los participantes estaban de acuerdo en que la forma de la planilla no podía ofrecer el cuadro rigurosamente preciso de una persona, por cuanto la totalidad o entidad viviente era seccionada en varios elementos y, por demás, inorgánicos. Empero, sólo por ese procedimiento se podía lograr un control, un cotejo relativamente seguro de las declaraciones astrológicas. Por otra parte, no se puede negar que las probabilidades de la astrología, de salir bien de la investigación pericial, aumentaban considerablemente por el hecho de que debían valorarse como justas también aquellas declaraciones que no habrían sido apuntadas como "ganancias" en el cuadro de un esbozo sintético del carácter de las personas en cuestión. Cada contestación recibía un valor de 1 a 10 (incl.); si era justa o falsa, se expresaba por + y — respectivamente, así que una contestación sin importancia era marcada por + 1 si justa, por — 1 si falsa, mientras que una particularmente acertada obtenía el valor de + 10, y una completamente errónea la nota de — 10.

Y ahora examinemos los resultados. La primera valuación, según el número de los aciertos, dió para las preguntas que se referían al carácter de la persona de ensayo, un promedio de 67 o|o de contestaciones justas, mientras que las que concernían el destino, fueron contestadas justamente sólo en un promedio de 47 o|o. En la valuación según los puntos, los aciertos acerca de la índole alcanzaron un promedio de + 4.3, y las contestaciones equivocadas uno de — 4.1. Los aciertos acerca del destino alcanzaron el valor bajo de + 2.7, mientras que las declaraciones erradas indicaron un valor de — 4.3. La valuación en puntos demostró, pues, que en las interpretaciones del carácter las contestaciones justas se referían a cosas apenas más esenciales que aquéllas para pólizas en blanco, mientras que en las preguntas sobre el destino las declaraciones justas expresaban circunstancias hasta muy secundarias. La comisión pericial se avino a establecer cuáles declaraciones para las cuatro diversas personas podían considerarse como particularmente importantes, y tomó en examen sólo aquéllas en una segunda valuación. Más, el resultado fué casi igual, marcando una ligerísima mejora sólo el punto para las declaraciones justas sobre el carácter.

El promedio, relativamente alto, de los aciertos en las declaraciones acerca del carácter no representa absolutamente ningún argumento a su favor para la astrología como "ciencia" hermenéutica. Las posibilidades de contestación a las preguntas sobre el carácter son, según la naturaleza de la cosa, múltiples y de ninguna manera claramente delineadas, así que una determinada declaración puede no raramente ajustarse a dos caracteres diversos. ¡Otra cosa es el procedimiento en lo que atañe a las preguntas acerca del destino! En general deben ser contestadas de manera precisa, inequívoca. Y en este campo nuestros horóscopos fracasaron lamentablemente.

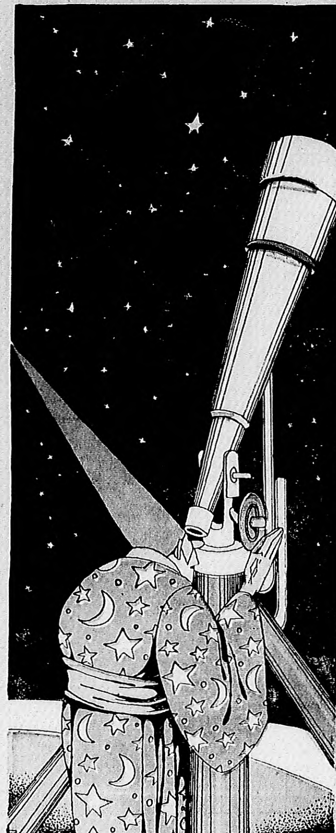
Para poder juzgar en qué proporción los aciertos, bastante relativos, como se ha visto, acerca del carácter, pueden ser casuales, se hicieron algunas tentativas de control. Un miembro de la comisión contestó en forma completamente arbitraria las planillas, sin saber de cuál persona se trataba. En un segundo ensayo decidió la suerte sobre si las preguntas debían ser consideradas como afirmadas o negadas. En fin, un miembro de la comisión suministró a sus colegas los datos de cuatro personas, conocidas solamente por él, en la misma extensión que los habían obtenido los astrólogos conforme a su trabajo. Sobre la base de esas indicaciones los otros miembros de la comisión hicieron declaraciones, cada uno independientemente, acerca de figuras fantásticas, romancescas, a quienes correspondían aquellos datos. Estas declaraciones fueron luego cotejadas con las características de aquellas personas de ensayo y control que el miembro de la comisión había antes entregado por escrito.

En la primera y segunda tentativa de control resultó una proporción de aciertos de 40 o|o con un valor de puntos + 3; en el tercer ensayo, proporción de aciertos y promedio en puntos salieron algo más altos. La proporción de aciertos en esos intentos de control era, es verdad, más pequeña que la de los trabajos astrológicos, pero aún siempre considerablemente más alta de lo que cualquiera hubiera supuesto. Hay también que considerar que las figuras "romancescas" de la tercer prueba de control fueron rápidamente descubiertas durante una reunión sobre la base de los datos ofrecidos, mientras que los astrólogos emplearon varias semanas para profundizarse en los caracteres de las personas y elaborar las interpretaciones horoscópicas.

¿Qué ha, pues, demostrado el gran experimento astrológico de Berlín? Ante todo, no ha dado ni el más pequeño indicio serio de que la astrología esté en condición de reconocer y predecir el destino de un hombre. Frente a esa comprobación, no quiere decir nada que en un caso la profesión de la respectiva persona fuese indicada justamente, tanto más cuanto que esa "ganancia" se presente única frente a casi 5000 preguntas, cuya contestación se esperaba de los astrólogos. Lo mismo vale para otro caso: por un astrólogo de la comisión fué rectificada la indicación de la Oficina del Estado Civil sobre la hora de nacimiento de una persona, afirmando aquél haberlo hecho basándose ¡sobre todo el carácter del tipo! Interrogado el padre, resultó realmente que entonces había habido un pequeño "baraje". El primogénito había visto la luz del mundo precisamente poco antes de medianoche, pero, en vista de que el día siguiente era el del nacimiento del padre, los cónyuges creyeron poder proceder con conciencia tranquila a la pequeña "corrección". También esa rectificación, que en un principio pareció abrumadora, no demuestra nada, porque el día de nacimiento del padre era bien conocido y por eso se podía fácilmente suponer que acaso había habido el tal pequeño "fraude".

Un resultado algo mejor se obtuvo de la valuación estadística de aquellas contestaciones que se referían a las cualidades características de los individuos. Empero, también en este sentido, la cifra y el peso de los aciertos no bastan para demostrar la validez de la astrología en lo que atañe a la interpretación del carácter. Por lo demás, es sumamente significativo que las sendas declaraciones de los astrólogos no se cubren de ninguna manera aun en puntos esenciales, bien que emplearan las mismas reglas y claves de interpretación. En una interpretación que, para usar la máxima indulgencia, no se quiso tomar en cuenta en la general valuación de los resultados, hasta casi todas las declaraciones eran gruesos errores. Decisiva es la objeción de que ni las "mejores" interpretaciones horoscópicas dieron la posibilidad de reconocer por ellas, al menos en sus líneas de contorno, las personas de ensayo, para las cuales habían sido elaboradas.

Concluyendo: se debe declarar que la investigación pericial, realizada en Berlín por el espacio de muchos meses, dió resultados sumamente desfavorables para la astrología "moderna", o, para ser más exactos, que suministró la prueba de la falta de contenido veraz de la misma.



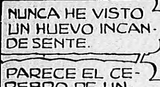
Peloponeso y Jazmín ★ por Hamlim





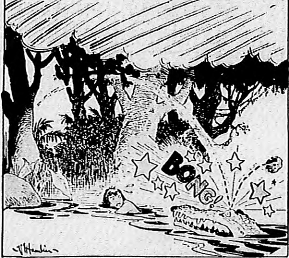






















































El Pequeño Tob

"LA cabeza del prevenido no sobrepasaba la barra", como se lee en los diarios. Sin embargo, su causa no mereció los honores de la crónica por la simple razón de que nadie se preocupaba de la salud o de la muerte del pequeño Tobrah más que de una cuerda de cáñamo. Los jueces de toga roja lo habían abrumado a preguntas, uno después de otro, en una mortal tarde de calor, y a cada pregunta él hacía "salaam" y gemía. En los términos del veredicto, las pruebas no eran aplastantes, como admitió el juez. Sin duda, el cuerpo de la hermana del pequeño Tobrah había sido hallado en el fondo del pozo, y el pequeño Tobrah era, en ese momento, el único ser humano presente en un radio de media milla; pero la criatura había podido caer por casualidad. Y por último el pequeño Tobrah, debidamente absuelto, fué invitado a irse adonde mejor le pareciera. Permiso menos generoso de lo que podría creerse, porque el pobre no tenía adonde ir, nada para comer y nada para vestirse.

Salió del Palacio de Justicia y se sentó en el borde del pozo, pensando que un salto en el agua negra que se reflejaba en el fondo, le valdría sin duda otra travesía forzada sobre el Agua Negra, la grande. Un mozo de caballeriza arrojó sobre el embaldozado una bolsa vacía. Tobrah, que tenía hambre, se apresuró a rascar los pliegues de la tela para sacar los pocos granos de avena húmeda que el caballo había dejado olvidados.

—¡Oh, ladrón!... ¡y apenas escapado a los terrores de la ley! Ven aquí. — gritó el mozo de caballeriza.

Y arrastró a Tobrah por la oreja hasta un inglés alto y grueso que escuchó la historia del robo.

—¡Diablos! — dijo el inglés tres veces (sólo que usó una palabra más enérgica). Pónganlo en la red y llévenlo a casa.

Y así Tobrah fué puesto en la red del coche y, sin dudar un minuto de que lo iban a matar y salar como a un cerdo, fué llevado a la casa del inglés.

—¡Diablos! — dijo el inglés como la primera vez. — ¡granos mojados, por Júpiter! Que le den de comer a este sacripante, y haremos de él un palafrenero... ¡Granos mojados! ¡By God!

—Ahora, háblanos de ti. — dijo el mozo de caballeriza a Tobrah cuando éste terminó de comer, en la hora en que los sirvientes descansaban en su patio detrás de la casa. Tú no eres de la casta de los mozos de caballeriza, salvo por las necesidades de tu estómago. ¿Cómo has pasado ante los tribunales y por qué? Contesta, pequeña semilla de diablos.

—No tenía suficiente comida, — pronunció pausadamente Tobrah. Es un buen lugar este...

—Habla con franqueza, —dijo el hombre—, o te hago limpiar el establo de ese gran caballo colorado que muerde como un camello.

—Nosotros somos "Telis", prensadores de aceite, — comenzó Tobrah, hurgando la tierra con la punta de los dedos de sus pies. Eramos "Telis" mi padre, mi madre, mi hermano (mayor de cuatro años), yo y la hermana.

—¿La encontraron en el pozo? — preguntó uno de los presentes, que había oído hablar del proceso.

—Eso es, —contestó el niño gravemente— la que encontraron en el pozo. Una vez —no recuerdo cuánto tiempo hace de esto— sucedió que la epidemia llegó hasta la aldea donde estaba nuestra prensa de aceite, y mi hermana fué atacada por la gripe y perdió ambos ojos, porque era "mata", la viruela boba. Luego mi padre y mi madre murieron de la misma enfermedad, de manera que quedamos solos, mi hermano que tenía doce años, yo que tenía 8, y la hermana ...ver más. Estaban, sin embargo, el buey y el molino para aceite, y nos forzábamos en prensar el aceite... Pero Surjun Dass, el negociante en gran... engañaba con los cambios; y no teníamo... más que un buey muy reacio al trabajo... mos un collar de flores de camándula pa... Dioses en el cuello del buey, así como t... sobre el gran eje de la piedra del molino... levanta y agujerea el techo; pero todo... nos sirvió de nada, y Surjun era un hom... corazón muy duro.

—Batri-bap, — murmuraron las mujere... gañar de ese modo a una criatura! Pero... bemos, hermanas, lo que es un "bunnia"...

—La prensa era vieja, y no éramos h... fuertes, mi hermano y yo; ni siquiera po... fijar sólidamente el gran eje en el agujer... piedra.

—¡Claro que no. — dijo la mujer del... mozo de caballeriza, resplandeciente en s... víos, al unirse al grupo. Ese es trabajo d... bres vigorosos. Cuando era soltera en l... de mi padre...

—Calla, mujer. — la interrumpió el m... caballeriza. —Sigue, criatura.

—Eso no es nada, — dijo Tobrah. ... que ya no está en mi memoria, el gran ... rribó el techo, con el techo cayó un gran ... zo de la pared del fondo, y todo eso junto ... tó a nuestro buey, que quedó con los ri... destrozados. Así, mi hermano, yo y la he... que era ciega no teníamos ya ni casa, ni p... ni buey. Partimos de ese lugar a campo tra... llorando y tomados de la mano; y no te... por todo tesoro más que unos pocos ce... Había carestía en el país. No sé el nom... país. Entonces, una noche, mientras está... durmiendo, mi hermano tomó los pocos ... vos que nos quedaba y huyó. No sé adon... ¡Que la maldición de mi padre caiga so... Yo y la hermana mendigamos nuestro al... por los pueblos, pero nadie podía darnos... Todos nos repetían:

—Vayan a buscar a los ingleses: el... darán.

—Yo no sabía qué eran los ingleses... ellos decían que eran blancos que vivía... carpas. Proseguí mi camino; pero no pued... cir hacia dónde; y no había más de com... para mí ni para la hermana. Una noche, ... ella lloraba y pedía de comer, llegamos a u... zo, y yo le dije que se sentara en el bor... entonces la empujé, porque, de veras, ell... veía; y es preferible morir así que de ha...

—¡Ay! ¡Ay! —gimieron en coro las ...res—. ¡La tiró adentro porque es preferible ...rir así que de hambre!

—Yo me habría tirado también, per... no est... muerta ... me lla... desde ... do del... por es... miedo ... escapé... tonces alg... salió de... tre la m... diciendo... yo la h... matado... había... ciado el... y me... ante un... blanco... rrible. ... vía c... carpa. ... mandó... Pero n... bía testi... vale ma... rir así... hambr... más. ... no p... con ... y no ... una c...

—Una criatura, — repitió como u... mujer del primer mozo de caballeriza.

—Pero entonces, ¿qué eres tú, débil co... pájaro y no más alto que un potrillo de u... Dime, ¿qué eres?

—Yo, que estaba en ayunas, estoy aho... no, —dijo el pequeño Tobrah desperez... en la tierra—. Y quisiera dormir.

La mujer del mozo de caballeriza e... un p... bre e... el ... Tob... ahí, ... el sue... la ...

POR
RUDYARD KIPLING
ILUSTRACIÓN DE GUIDA